

## **Los deportes de masas en los años veinte. Fútbol, élites simbólicas e imágenes de modernidad en España<sup>1</sup>**

Aunque, como es lógico, no sea difícil encontrar precedentes de la moderna sociedad de masas en España, cabe poca duda del papel que tuvo en su arraigo la fase posterior a la Gran Guerra. Con todos sus límites, y pese a que los avances se extendieron mucho más entre unas clases medias cada vez más fortalecidas socialmente que entre los sectores populares, limitados en su poder de compra, los años veinte se configuran como una fase clave en cuanto al incremento de la masa disponible de bienes de consumo, del remanente de tiempo libre de trabajo, e incluso del monto de salario capaz de detraerse de las necesidades básicas de vestido, alojamiento o manutención. Todo ello sentaba los cimientos necesarios para una socialización cada vez más amplia de los bienes y servicios de ocio<sup>2</sup>.

Los años de la dictadura de Primo de Rivera, pese a la restricción de libertades que acarrearón y al estancamiento económico que acompañó sus estertores, estimularon las modernas industrias culturales, que registraron avances cuya importancia ha sido señalada más de una vez. En todo caso, es cierto que las limitaciones de consumo entre los sectores populares —además de la propia debilidad de los estratos intermedios de la estructura social española— impusieron otra vez límites estrictos a este desarrollo, y forzaron a un modelo de crecimiento peculiar del sector de la comunicación cultural,

---

<sup>1</sup> Este trabajo se inscribe en el proyecto “Sociología, ciencias sociales e historiografía del fútbol español”, desarrollado en el CREC-Sorbonne Nouvelle, y ha recibido para su realización una ayuda del Ministerio de Educación y Ciencia.

<sup>2</sup> Son las limitaciones a las que se alude en el acceso al consumo de masas las que hacen etiquetar al modelo consumista español de los años veinte como “restringido y de élite” a especialistas en el asunto como Luis Enrique Alonso y Fernando Conde (en su *Historia del Consumo en España: Una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*, Madrid, 1994, Esp. p. 65 y ss).

que creció mucho más sobre el conjunto del mercado lingüístico hispanoamericano —cuyo inmenso tamaño permitía superar las limitaciones sociales y económicas de su estructura— que sobre una demanda española cuyo constreñimiento es bien conocido<sup>3</sup>.

### **Los años veinte. Deporte, consumo e industrias culturales.**

Si se habla de sociedad de masas y se desciende al detalle de la estructura y de las actividades concretas del ocio en los años que aquí se consideran, sería inexcusable pasar por alto el fenómeno deportivo, y sobre todo el notorio desarrollo del fútbol como espectáculo masivo. Su arraigo no era un fenómeno desconocido; de hecho, antes de 1914 se había destacado ya dentro de la oferta española de deportes como la opción sin duda alguna de mayor popularidad. Había relegado en gran medida sus orígenes de deporte higiénico y aristocratizante para evolucionar hacia formas más populares y, sobre todo, se transformaba decididamente en un entretenimiento dominical de pago al que se asistía pasivamente y como meros espectadores a la visión del ejercicio deportivo de jugadores cada vez más diestros y especializados. Se consumaba así la escisión entre practicantes y espectadores, decayendo en consecuencia el viejo modelo de las entidades con socios participantes en beneficio de los nuevos clubes, que sufragaban con las cuotas la actividad de deportistas progresivamente profesionalizados. El deporte ya era para entonces una actividad cuya importancia social atrae la atención de los patronos y los reformadores sociales, y que visualiza todo un conjunto de solidaridades —la comunidad local o el barrio, por ejemplo, la empresa o el centro de trabajo...— que permiten la escenificación de enfrentamientos —simbólicos a veces, pero también violentos y explícitos— que para desesperación de los sindicatos y las formaciones políticas de izquierda, fragmentaban la solidaridad de clase o la unidad sindical o política necesarias para sus movilizaciones. No faltarán, en consecuencia, discursos condenatorios de estos sectores ideológicos contra el fútbol. Hacia 1919, y cuando era ya evidente su predominio popular en la estructura del ocio, las Juventudes Socialistas de Langreo, en plena Cuenca minera asturiana, maldecirían resentidos las manifestaciones de aquella “barbarie moderna”; pero lo cierto era que para entonces el deporte era ya un hecho arraigado y una práctica plenamente aceptada entre la clase

---

<sup>3</sup> Serge Salaün, *Temps de crise et “années folles”. Les années 20 en Espagne*, Paris, 2002.

obrera; de hecho, en la misma localidad asturiana donde se desesperaban los socialistas, los anarquistas ya habían organizado un equipo propio —el del Centro “La Justicia”— en tan temprana fecha como 1910<sup>4</sup>.

Los años veinte, además, activaron extraordinariamente el asentamiento del fútbol como fenómeno mercantilizado. Aunque todavía mal conocida, la expansión de las asociaciones instructivo-recreativas es, en esta fase, un hecho indudable si se consideran estudios como el de Solá sobre el asociacionismo gerundense, lo que se va sabiendo de Asturias, o datos como los de los, en todo caso, problemáticos *Censos Corporativos Electorales* del período dictatorial. En contraste con el declive del asociacionismo sindical o político afectado por la represión dictatorial, la expansión del asociacionismo deportivo, y en concreto del fútbol, constituirá un elemento de evidente importancia a nuestros efectos<sup>5</sup>.

El desarrollo del fútbol llegaba en un contexto marcado por una pujanza evidente del sector mercantil del ocio y las industrias culturales; algo a lo que irremediamente acabaría asimilándose un fútbol cada vez más inserto en circuitos mercantilizados. Si se utiliza como indicio de ello, con todas sus imperfecciones, el número de contribuyentes y los importes devengados a Hacienda por sus empresas, puede apreciarse con nitidez, efectivamente, el avance de varios sectores del ocio de pago durante los años de la Gran Guerra y hasta mediados de los veinte. En el cuadro que se adjunta se observa así el considerable incremento de capítulos como el de las empresas balnearias o las editoriales —estas últimas duplican sus cotizaciones en pleno proceso de concentración

---

<sup>4</sup> El papel del fútbol en la estructura del ocio durante la Restauración es analizado por J. Uría en “Cultura popular y actividades recreativas. La Restauración”, en J. Uría (Coord.), *La cultura popular en la España Contemporánea. Doce estudios*, Madrid, 2003. Los datos sobre las reacciones de socialistas y anarquistas ante este deporte en J. Uría, *Una historia social del ocio. Asturias 1898-1914*, Madrid, 1996.

<sup>5</sup> P. Solá, *Cultura popular, educació i societat al nord-est català (1887-1959). Assaig sobre les bases culturals i educatives de la catalunya rural contemporània*, Girona, 1983, p. 123; del mismo autor, *Els ateneus obrers i la cultura popular a Catalunya (1900-1939). L'Ateneu Enciclopèdic Popular*, Barcelona, 1978, p. 219-237. J. Uría, *Una historia social...*, *opus cit.*, p. 205-212, y “Cultura popular y actividades...”, *opus cit.* La inadecuación de las fuentes oficiales para calibrar el fenómeno asociacionista es evidente para el período dictatorial; tanto los *Censos Corporativos Electorales* de 1924 y 1928, como su directo antecedente en 1919 (el *Censo Electoral Social*) tenían el objetivo de establecer las bases para la representación obrera y patronal en el Instituto de Reformas Sociales, en un caso, y para la presencia en las instituciones de la Dictadura en el otro; en ambas situaciones implicaban la exclusión de asociaciones como las deportivas, instructivo-recreativas o incluso mutualistas, a lo que contribuía la vocación apolítica de muchas de ellas o a la prohibición directa de participación en el proceso, como se hacía en un ordenamiento dictatorial que era muy preciso en sus exclusiones del censo. Sobre el particular véase E. Maza Zorrilla, “La horizontalidad de las solidaridades. El mutualismo en la España contemporánea”, en *Ayer*, 25 (1997), p. 83-85.

empresarial—, el de los bailes de pago —que sextuplica sus cotizaciones y triplica largamente sus empresas cotizantes—, las entidades de conciertos —que casi quintuplican sus cantidades cotizadas—, o el de los circos,

Contribución industrial y de comercio. Evolución de algunas industrias del ocio. 1913-1926																			
	1913		1914		1915		1916		1917		1918		1922-23		1923-24		1925-26		
	bu-y	f. yentes	Ci	pes	yentes	Ci	pes	u-yentes	peset	-yentes	peset	-yentes	peset	bu-yentes	Ci	peset	bu-yentes	Ci	peset
Bar		13		1		1		11		11		10		20		21			
Editor obras y emp periodista		1		1		1		15		15		15		21		26			
Tea		15		1		1		10		11		12		51		76			
Conc						3		8		6		7		2		4			
Bar		1		1		1		14		9		11		3		9			
Cir hipódrom velódrom								6		8		7		4		9			
Front cademias de etc.										7		8		7		17			
Corrie ros, noville		1		1		3		8		7		10		9		12			1 62
Jue diblicos perm		2		2		2		24		24		25		48		64			

Fuente: *Anuario Estadístico de España*, años 1915, 1917, 1918, 1921-22, 1922-23, 1923-24, 1925-26 y 1927.

velódromos e hipódromos —que sobrepasan el quíntuplo de sus cotizantes. Pero sobre todo, si se ponderan las cantidades satisfechas a Hacienda, son dos los sectores que inmediatamente destacan en estos datos: el de las empresas teatrales y el de las taurinas, que en conjunto suponen el 57% del total. Los teatros, en efecto, vuelven a quintuplicar sus cotizaciones hasta alcanzar las 783.510 pts.; y el avance de los cosos taurinos es aún más espectacular, dado que casi triplican los cotizantes y multiplican por catorce sus cotizaciones a Hacienda.

La oferta de espacios de ocio mercantilizado, en conclusión, se ha consolidado plenamente afianzando lo que, en realidad, era un proceso anterior y cuyo advenimiento se atisba con claridad en los años anteriores a la Gran Guerra. Entre 1900 y 1914 prosigue a buena marcha la expansión y consolidación de la oferta de las que entonces eran las principales industrias culturales en este terreno; y, en concreto, el teatro y los

toros, por una parte, antiguos adelantados en los modernos procedimientos empresariales del espectáculo, y por otra el cine, cuyo éxito arrasador desde finales del XIX lo haría en vísperas de la Guerra Europea un competidor temible de los otros dos. La *Estadística Administrativa de la Contribución Industrial y de Comercio* sugiere en este sentido, pese a sus evidentes defectos, la consolidación de tales sectores del espectáculo. En vísperas de la Guerra las 801 empresas de cosos taurinos censadas en España en 1900, han reducido su número debido, probablemente, a una mayor concentración empresarial y al cierre de las más pequeñas y precarias; pero se trata de un sector fuerte como demuestra la conclusión, en 1929, de la Plaza de las Ventas de Madrid, inaugurada en 1931 y con capacidad para unos 25.000 espectadores; la Monumental de Barcelona, ampliada en 1916, acogía desde entonces a 20.000. En cuanto a los espectáculos teatrales, en 1900 su censo era de más de 900 empresas de muy variada entidad, desde los grandes y espectacularmente mercantilizados teatros de Madrid —a fines de siglo el *Apolo* madrileño vendía 4,5 millones de entradas anuales—, hasta las salas de pueblos o ciudades de corta población y escasas representaciones al año. En 1914, sin embargo, ya son casi 1500 las que cotizan al fisco beneficiándose de su maleabilidad y capacidad para contentar una oferta que va desde el cuplé más o menos escabroso, pasando por el teatro *de verso* o la zarzuelilla de circunstancias, los espectáculos de varietés o el teatro sicalíptico. En realidad no poca de esta oferta es ya, directamente, de espectáculos cinematográficos; cuyo desarrollo mezclaría en sus orígenes la proyección de cortos con breves actuaciones de transformistas, cupletistas u otros números de varietés intercalados entre sesiones y cambios de cintas<sup>6</sup>.

El fútbol, si a principios de siglo apenas constituye una pobre posibilidad de competencia frente a opciones asentadas en los espectáculos de pago, tras la Primera guerra mundial se hace una presencia inevitable en la vida cotidiana, a la vez que una forma de ocio de éxito entre las industrias culturales españolas, cada vez más desarrolladas tras la oficialización de la jornada de ocho horas en 1919 o la extensión de las vacaciones entre las capas medias y los trabajadores de servicios. En este contexto, las estructuras de los estadios españoles cada vez son más visibles en el paisaje urbano;

---

<sup>6</sup> Una referencia a los datos de la *Estadística de la Contribución...*, en J. Uría, “cultura popular y actividades recreativas...”, *opus cit.*, p. 91-95. Los datos del teatro a fines de siglo XIX en S. Salaün, “La sociabilidad en el teatro (1890-1915)”, en *Historia Social*, 41 (2001). Para la expansión y modernización de las industrias culturales en la España de los años veinte, en todo caso, sigue siendo obligada la consulta de C. Serrano y S. Salaün, *Temps de crise et “années folles”. Les années 20 en Espagne*, Paris, 2002.

quedan lejos ya los primeros recintos acotados con una valla, tras decidirse cobrar una entrada para poder acceder a ellos, o las más primitivas y elementales organizaciones de los espacios para el público como el del campo del FC Barcelona, con tan sólo cuatro hileras de bancos y una tribuna de madera en 1907. La construcción de terrenos de juego propios de los clubes se dinamiza extraordinariamente desde 1914, al compás de la prosperidad económica del momento. En 1921 se inaugura el Estadi Catalá, con capacidad en sus gradas provisionales para entre 25 y 30 mil espectadores; al año siguiente la construcción del estadio de las Corts, del Barcelona, y el de Sarrià (en 1923, y propiedad del Español), supondrán unas treinta mil plazas adicionales. En otras zonas se avanza en direcciones parecidas; el Stadium Metropolitano de Madrid —escenario preferente de los encuentros deportivos del Atlético de Madrid— se inauguraba en 1922 con un aforo de 45.000 espectadores; en la misma fecha abría sus puertas el Stadium del Turia, en Valencia, y al año siguiente el campo de Chamartín, donde jugaría durante bastantes años el Madrid y que nacía con un aforo de 16.000 espectadores, pronto ampliado hasta los 22.000 que tenía iniciados los años treinta. En fin, en 1929 la apertura de las exposiciones de Barcelona y de Sevilla dan lugar a la inauguración paralela de sendos recintos deportivos. El flamante estadio de la Exposición de Montjuïc —arruinado poco después por diversos defectos constructivos— podía albergar 65 000 espectadores<sup>7</sup>.

El fútbol es ya a aquellas alturas de siglo, en consecuencia, una realidad perfectamente parangonable en atracción de espectadores, o complejidad administrativa o mercantil, a las más desarrolladas industrias del ocio. Lo que es más, el deporte ya es un fenómeno social de masas en su pleno sentido, dado que atrae ingentes cantidades de espectadores a unos terrenos de juego plenamente insertos, en circuitos de competición nacional —la Liga se abre en la temporada 1928-29— que estimulan la competencia, incrementan la calidad del juego e incentivan las oportunidades de profesionalización de los jugadores. El hecho es tan llamativo como encuadramiento social masivo, que resulta poco explicable el desinterés mostrado hacia su problemática por los historiadores españoles; y mucho más si se considera que se trata de un fenómeno que alcanzará en casos como el del Madrid o el Barcelona unos estándares de complejidad administrativa, densidad política, o derivaciones internacionales difícilmente soslayable.

---

<sup>7</sup> X. Pujadas y C. Santacana, *Deporte, espacio y sociedad en la formación urbana de Barcelona (1870-1992)*, Barcelona, 1997, p. 42-78. A. Rivero Herraiz, *Deporte y modernización. La actividad física como elemento de transformación social y cultural en España, 1910-1936*, Madrid, 2003, p. 233-238. A. Bahamonde, *El Real Madrid en la historia de España*, Madrid, 2002.

En contraste con ello, algunas de las manifestaciones históricamente más emblemáticas de las industrias culturales en España, como los toros o el teatro, disponen de estudios solventes y bien orientados<sup>8</sup>. Explicar estas carencias resulta complicado; cabría apuntar, por el momento, que el fenómeno ha registrado una deriva similar en otros ámbitos académicos. En un espacio intelectual como el francés, por ejemplo, estudios pioneros como el coordinado por Pascal Boniface, en 1998, venían acompañados de significativos prólogos donde se reconocía la novedad del asunto y se precavía al lector de no ser cosa enteramente desprovista de seriedad. En el ámbito anglosajón, entre tanto, el debate sociológico venía acompañado de lamentaciones de figuras como Eric Dunning, que deploraba, en 2003, con argumentos bien parecidos, el tardío interés del examen rigurosamente científico del deporte desde las ciencias sociales. Tal vez, para el caso español, pudieran aducirse razones similares, dado que el considerar el fútbol como algo digno historiográficamente despierta parecidas reservas; pudiera alegarse también, como argumento adicional, que dentro de la todavía insuficiente bibliografía española sobre el ocio, si el teatro o los toros pudieron escaparse a esta tónica seguramente podía haber sido, en el primero de los casos, por vincularse el teatro a realidades más *nobles* y asentadas como la creación literaria, y en el segundo, por tratarse de una industria cultural muy asociada a las tradiciones inventadas del nacionalismo español, y por constituir un elemento diferencial con respecto a la estructura mercantil del ocio generalmente en vigor en otros países. Ninguna de ambas circunstancias concurrían en el fútbol<sup>9</sup>.

Independientemente del mayor o menor desdén académico hacia fútbol, las razones por las que este fenómeno acabó siendo una realidad significativa en el tiempo

---

<sup>8</sup> Véase, por ejemplo, el de Adrian Schubert sobre los toros (*Death and Money in the Afternoon*, New York, 1999), o los de S. Salaün sobre el teatro de estos años [por ejemplo, “Spectacles (tradition, modernité, industrialisation, commercialisation)”, en S. Salaün, *Temps de crise et “années folles”. Les années 20 en Espagne*, Paris, 2002, p. 155-161, o “La sociabilidad en el teatro (1890-1915)”, en *Historia Social*, 41 [2001]].

<sup>9</sup> Boniface, Pascal. *Géopolitique du football*. Paris, Complexe, 1998. p. 1. Eric Dunning, “Sociology of Sport in the Balance: Critical Reflections on Some Recent and More Enduring Trends”, *paper* presentado en el Annual Meeting of the North American Society for the Sociology\_ of Sport (Las Vegas, 1998) y al 28<sup>th</sup> Annual Conference of the Social History Society (Leicester, 2003). El término de “invención de la tradición” se maneja aquí de acuerdo con las líneas marcadas en el célebre ensayo de E. Hobsbawm y T. Ranger en *The invention of tradition* (Cambridge, 2003). El retraso historiográfico español no significa que, de todos modos, no existan excepciones como los trabajos de M<sup>a</sup> Teresa González Aja (p. ej. *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, 2002), la obra de autores como Bahamonde o Pujadas y Santacana, ya citados en parte, o incluso otros como los de F. J. Caspistegui (F. J. Caspistegui y F. K. Walton (eds.), *Guerras danzadas. Fútbol e identidades locales y regionales en Europa*, Pamplona, 2001) o Jean-Stéphane Durán, « Le football : le loisir par excellence des Espagnols sous le franquisme » [publicación electrónica del CREC-Sorbonne Nouvelle]. Disponible desde Internet en : <<http://crec.univ-paris3.fr/articlesenligne.php>> [con acceso el 29-11-2008].

y en la propia dinámica social, son todavía hoy una cuestión de activo debate dentro de las Ciencias Sociales. Las explicaciones marxistas del deporte han solido interpretarlo como una transposición de la dominación burguesa, o como metáfora de los valores capitalistas —competitividad, individualismo, lucha por la productividad— que se socializan masivamente a través del juego. Las tesis weberianas, a su vez, suelen asociar el ascenso del deporte moderno al paso de la sociedad tradicional a la contemporánea, moderna y plenamente capitalista, con lo que ello supone de desarrollo modernizador y de arraigo de valores como los del igualitarismo, la especialización y profesionalización, o la racionalización o el desarrollo burocrático que tienen en el deporte una de sus plasmaciones simbólicas de mayor difusión entre las masas. La visión del *figuracionismo*, entre tanto, ha explotado a fondo, y con resultados plausibles para la sociología del deporte, las tesis de Norbert Elias sobre una actividad que desviaría hacia el campo simbólico la violencia de las relaciones sociales que acompaña el ascenso de la sociedad capitalista moderna y que, mediante tales ritualizaciones, avanza en el proceso *civilizador* que singulariza las sociedades contemporáneas. El debate, en fin, ha continuado enriqueciéndose en los últimos años con aportaciones como las de los enfoques estructural-funcionalistas —de cierto arraigo en la sociología francesa—, los influidos por la sociología de Bourdieu y su desarrollo de nociones como la de los *habitus* deportivos diferenciados según la clase social, o todo el amplio campo de los estudios inspirados por los *cultural studies*, con su exploración de la presencia en el deporte de las simbologías del cuerpo, el sexo y el género, la etnicidad, la comunidad local o la nación...<sup>10</sup>

No hay duda de que la variedad y lo vivo del debate sociológico en este terreno, ha contribuido a clarificar la evolución y las causas profundas del fenómeno deportivo. La intención de estas páginas, sin embargo, no es profundizar en este debate; bien al contrario, su propósito es más sencillo y abarcable, y a la vista de la documentación examinada para los años veinte, se limitará a dos cuestiones esenciales. En primer lugar, a recordar algo evidente para quien haya examinado las páginas de los periódicos de la época, o los lugares más comunes de la vida cotidiana y las actividades recreativas de

---

<sup>10</sup> Buenos resúmenes de las teorías sociológicas del deporte en J. Defrance, *Sociologie du sport*, Paris, 1994; J. Corneloup, *Les théories sociologiques de la pratique sportive*, Paris, 2002, o Eric Dunnig, “Sociology of Sport in the Balance: Critical Reflections on Some Recent and More Enduring Trends”, paper presentado en el Annual Meetin of the North American Society for the Sociology of Sport (Las Vegas, 1998) y al 28<sup>th</sup> Annual Conference of the Social History Society (Leicester, 2003). Disponible desde Internet en : <<http://www.chester.ac.uk/ccrss/pdf/Ed%20Sport%in%20the%Balance.pdf> >[con acceso el 9-1-2005].

los españoles en este período de entreguerras; a saber, el rápido ascenso de la práctica deportiva del fútbol se ve acompañado no sólo por un incremento de sus infraestructuras y su consolidación institucional, sino también por el ascenso de un discurso deportivo desplegado a través de formatos periodísticos específicos, con cada vez mayor presencia en los medios de comunicación masivos, y cada vez más densas derivaciones sociales y políticas. En segundo lugar, en el despliegue de esta presencia del deporte en la vida pública, la figura del deportista tendrá un papel cada vez más claro y con mayor poder de convocatoria e impacto entre las multitudes; los *ases* del fútbol acabarán así por convertirse, además de en poderosos animadores de las actividades deportivas, en héroes de masas que visualizan un amplio conjunto de valores socialmente compartidos.

Los *ases* deportivos, efectivamente, constituyen, a la vez que un reflejo y una *representación* de valores ampliamente compartidos en el conjunto social, una fuente de pautas de conducta para el colectivo social en la medida en que, debido a su estatus y prestigio, ofrecen con sus actitudes y comportamientos cotidianos pautas de conducta fácilmente secundados por las multitudes. Los ases deportivos son, en consecuencia, verdaderas *élites simbólicas* tal y como son definidas en la terminología sociológica de autores como Guy Rocher; una noción esta última, por cierto, escasamente empleada en un trabajo historiográfico que prefiere, por el contrario, el empleo de concepciones de las élites algo más dilatadas e imprecisas. Importa resaltar, en este sentido, el error del empleo coloquial y ampliamente extendido de la noción de élite que asocia el término a una minoría exquisita, separada de unas masas a las que impone sus estilos de vida, o que la define como un grupo poderoso y con capacidad amplia para influir sobre decisiones trascendentes en la dinámica económica o política. Las élites, por supuesto, pueden ser *también* eso, pero a la vez pueden constituir grupos que, teniendo una alta capacitación intelectual carecen todavía de influencia social directa, o en otro sentido distinto, pueden definirse como conjuntos nada refinados o excelentes, pero próximos a las capas populares y capaces de influir sobre ellas; lo que define a las élites, en fin, es sobre todo que sean minorías provisoras de modelos de conducta social susceptibles de ser imitados por colectivos sociales más o menos amplios<sup>11</sup>. El concepto así entendido, de cierta solera sociológica, toda vez que ha sido ya empleado en este sentido por Pareto a principios del siglo XX, ha ganado con el tiempo en densidad y afinación. En

---

<sup>11</sup> Sobre la noción de élite, véase Guy Rocher, *Introducción a la sociología general*, Barcelona, Herder, 1990; y Suzanne Keller, "Élites", en D. L. Sills, *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, Madrid, 1874, vol 4.

particular interesa recordar aquí que, dentro de los distintos tipos de élites definidos por Rocher, la noción de *élite simbólica* se encarna en unos individuos que exhiben una serie de valores en los que amplias capas sociales se reconocen o, al menos, en los que creen ver cualidades percibidas como positivas y a las que quisieran aproximarse; las élites simbólicas son así “prototipos de ciertas maneras de vivir, de hacer, de pensar, o que encarnan ciertas cualidades, ciertos valores” asumidos por el colectivo social en su conjunto. Los artistas del pop o los jugadores profesionales devienen así en élites simbólicas en tanto que representan valores positivos en su sociedad como la juventud, la rebeldía o el inconformismo reales o supuestos, o el vigor físico; al mismo tiempo que están en disposición de multiplicar o reproducir esos mismos valores en el colectivo social, o incluso proponer nuevas pautas de conducta o sobre todo acelerar o retardar su implantación. Las élites simbólicas son de este modo un *agente* social; incluso un verdadero *catalizador* en el proceso de adopción de decisiones, el establecimiento de consensos y conflictos, o la consolidación de redes y grupos en el conjunto social<sup>12</sup>.

### **El ascenso del fútbol y la construcción de los discursos sobre el deporte**

Aunque las razones profundas del despegue del deporte —y por tanto del ascendente social de los deportistas— remitan a una discusión sociológica que desborda la intención de estas páginas, importa ahora entrar en algunos detalles de cómo se construyó su imagen y popularidad en el período que ahora nos interesa. Tal y como se adelantó, el ascenso del deporte iba acompañado del despliegue de unas retóricas deportivas en los medios de comunicación que acabaron haciendo del fútbol el punto de convergencia de una compleja serie de valores, esperanzas, deseos reformistas o aspiraciones sociales y políticas que no pueden aquí sino esbozarse pero a las que, de todos modos, merece la pena dedicar algún espacio.

Como en cualquiera de los países que están accediendo a la industrialización, el auge del deporte visualiza el ascenso de cualidades que son propias de una sociedad capitalista en plena expansión, y que constituyen de por sí todo un programa de modernización particularmente llamativo en un país donde las fuerzas sociales y políticas tradicionales conservan aún bastante del poder de antaño. El ascenso del fútbol es el de unos intereses diferentes a los de las viejas sociedades instructivas o recreativas

<sup>12</sup> G. Rocher, *opus. cit.*, p. 525-527. Para un examen más detallado de la noción de élites véase T. B. Bottomore, *Élites et société*, Paris, 1967.

de corte exclusivo y aristocratizante. Representan un mundo de fraternidad e igualdad democrática —con todo su correlato de reglamentos internos, práctica de asambleas o celebración de elecciones— y, desde luego, reproducen y resumen las características de una sociedad industrial que valora ahora mucho más la especialización y la división del trabajo —con su correlato de funciones cada vez más separadas y específicas de los miembros del equipo en el terreno de juego—, la racionalización y el uso de la ciencia o la tecnología —con la aplicación de disciplinas de entrenamiento cada vez más rígidas y *científicas*—, la burocratización —con la instauración de sistemas de administración y de competiciones a nivel nacional e internacional—, el empleo de la información y el uso cada vez mayor de las industrias de la comunicación —lo que se traduce en el rápido desarrollo de un periodismo específicamente deportivo—, o la exacerbación de la competitividad entre equipos e individuos y la lucha por el *record*, verdadero emblema de eficacia competidora en el terreno deportivo.

Ahora bien, con ser todo esto no poco en un contexto como el español, lo cierto es que a estas cuestiones generales, compartidas con procesos similares de ascensión del deporte en otras latitudes, en nuestro caso estaban actuando también otros incentivos. La propaganda a favor del deporte, en realidad, no era cosa reciente en España y que pudiese limitarse tan sólo a los aledaños de la Guerra Mundial; como mínimo los discursos enaltecedores del deporte y las propias políticas deportivas habría que retrotraerlas al final del Antiguo Régimen. De 1808 databa, en efecto, el primer gimnasio madrileño y, pocos años más tarde, en 1806, abría sus puertas el Real Instituto Militar Pestalozziano, donde se impartiría por primera vez en España una cultura física integrada plenamente en las enseñanzas. Significativamente el animador del primer gimnasio de Madrid, a la vez que el director de las enseñanzas de educación física en el Real Instituto era Francisco Amorós, un militar que casaba muy bien con los propósitos ilustrados de disciplinar los cuerpos con el fin de lograr buenos soldados para la nación. Tras el paréntesis de la Guerra de la Independencia —y la huida de Amorós a Francia, como otros afrancesados— desde mediados de siglo se reanuda el proceso de creación de sociedades gimnásticas y deportivas. A fines de siglo, en Madrid o Barcelona, se construyen frontones, y florecen los espectáculos hípicas en Sevilla, Barcelona o Madrid entre la burguesía o la antigua aristocracia; existía además una red relativamente tupida de gimnasios privados a partir de los años 50 en Madrid y los 60 en Barcelona. Partiendo de esta base, entre los años noventa y principios de siglo, despegaba la creación de sociedades que superaban los ambientes restrictivos de los clubes gimnásticos, de las

asociaciones excursionistas o de los clubes recreativos minoritarios y exclusivos con su correspondiente sección deportiva. Desde el último cuarto de siglo XIX, crece el asociacionismo deportivo. Lentamente irían apareciendo las primeras federaciones; la Velocipédica (1895), y las de Tiro y Vela (ambas en 1900) o Tenis (1909), fueron en primer lugar. Los deportes más populares y accesibles permanecieron, en cambio, alojados en las sociedades gimnásticas; y el boxeo, el atletismo, el fútbol o la natación, tuvieron que esperar para concluir su institucionalización organizativa; la Federación Española de Fútbol, de hecho, no se funda sino hasta 1910<sup>13</sup>. En los años inmediatamente anteriores a la Guerra Europea, el deporte es ya una realidad de multitudes, y especialmente en casos como el del ciclismo o, desde luego, el fútbol.

No fue ajena a la pujanza del deporte la circunstancia de depositarse en su ejercicio la esperanza de *regenerar* una nación maltrecha tras el Desastre antillano frente a los Estados Unidos de Norteamérica. El deporte y el regeneracionismo finisecular entremezclan sus discursos, a la búsqueda de un vigor en la raza que parece desmentir la pérdida de las colonias; y cuando se crea, en 1903, la publicación ilustrada de deporte *Gran Vida*, su programa, explicado en el primero de sus números, incide en su intención de que sea “propagandista incansable de todo aquello que pueda contribuir a la regeneración física, a la afición por los juegos atléticos tan saludable para la juventud, a la vida en el campo al aire libre, a la conquista de la fuerza y del oxígeno”. En realidad ese programa impregna otros discursos aparentemente menos apegados a lo patriótico y más comprometidos con la defensa del vigor y la salud de la juventud española. Vistas así las cosas, se cargan de sentido las apelaciones hechas desde la prensa deportiva primisecular que, como en el caso del Barcelonés *Los Deportes*, celebra en su editorial de marzo de 1904 el “consolador aspecto” que ofrecen unos avances del deporte en España que, aunque lentos, parecen ser ya en estos años firmes. Al fútbol le corresponde una evidente responsabilidad en ello:

Al foot-ball ha tocado buena parte de la gloria de remover la opinión a favor del ejercicio corporal. Esas docenas de campos de juego que todos los días festivos reciben centenares de jóvenes que practican el atlético deporte de mover la pelota con los pies,

---

<sup>13</sup> Xavier Pujadas y Carles Santacana, “La mercantilización del ocio deportivo en España. El caso del Fútbol, 1900-1928”, en *Historia Social*, 41 (2001). Antonio Rivero Herraiz, *Deporte y modernización. La actividad física como elemento de transformación social y cultural en España, 1910-1936*, Madrid, 2003, p. 77-97. Datos sobre Francisco Amorós, marqués de Sotelo, en José del Corral, “El comienzo de la preocupación por el ejercicio físico en Madrid. Notas para su historia: 1800-1878”, en *Orígenes del Deporte Madrileño. Condiciones sociales de la actividad deportiva 1870-1936*, Madrid, 1988, p. 16-17.

son la mejor fehaciente prueba de las nuevas orientaciones de nuestra juventud hacia la Educación Física y el ejercicio corporal como fuente de salud y de bienestar.

En realidad ambos discursos, el de la exaltación de las virtudes higiénicas del deporte y el de la asociación de su ejercicio al despertar de la raza, marcharían desde entonces estrechamente unidos, y desarrollando líneas argumentales muy parecidas a las de esta misma publicación, que en el mismo editorial ensalzaba a aquella “juventud vigorosa entregándose a ejercicios de fuerza y de destreza que coadyuvan poderosamente a adquirir una envidiable robustez y a huir de los vicios y peligros de las grandes ciudades”<sup>14</sup>.

La trabazón establecida entre el vigor físico de la raza y la regeneración nacional llegó intacta a fases posteriores a la Guerra; a mediados de los veinte, figuras de la vida pública como el alcalde de Madrid, el conde de Vallellano, opinaban que “ante todo debemos hacer raza, luego escuela, y con muchachos fuertes, cultos y educados”, sobrevendría una juventud atlética de “amantes conscientes del deporte” en quienes podrían depositarse nuevas esperanzas nacionales. Entre tanto, el presidente de la Asociación de la Prensa de la misma ciudad, José Francos Rodríguez, defendía en idéntico sentido las virtudes del deporte para la regeneración de las fuerzas biológicas españolas:

Deporte es salud. Es una manifestación alegre de la vida, un tributo orgánico de los seres de la Naturaleza. El deporte en sí implica actividad, energía, equilibrio material; adiestra al espíritu para conquistar otros afanes; en resumen, yo veo en el deporte una escuela trascendental para el desarrollo de la raza<sup>15</sup>.

En realidad, no se venía diciendo otra cosa en las publicaciones deportivas, que habían crecido de modo extraordinario en plenos años veinte<sup>16</sup>. Como se argumentaba desde *La Jornada Deportiva* en un artículo de fondo, en primera página y titulado significativamente “Los factores de nuestro progreso”, era preciso “comprender la

---

<sup>14</sup> *Los Deportes*, Barcelona, 20-03-1904; el texto de *Gran Vida*, de 15-06-1903, se toma de Jesús Polo de Barrio, “Regeneracionismo y deporte”, en *Orígenes del deporte madrileño...*, *ops. cit.*, p. 52.

<sup>15</sup> Las citas proceden de J. Polo de Barrio, “Regeneracionismo...”, *opus cit.*, p.- 58-59.

<sup>16</sup> La presencia de prensa deportiva, de caza, hípica o velocipedismo, data cuando menos de mediados del siglo XIX, aunque sea desde los años de la Gran Guerra cuando comience a ganar en captura de publicidad, variedad y calidad de contenidos. En plenos años veinte, la prensa deportiva está plenamente asentada en ciudades como Madrid ( con títulos como *España Deportiva*, desde 1912, *Heraldo Deportivo*, desde 1915 o *Madrid Sport*, desde 1916), Bilbao (*Excelsior*, desde 1924) o Barcelona (con *Los Deportes*, desde 1897, *Stadium*, desde 1912, *El Mundo Deportivo*, desde 1906, o *La Jornada Deportiva*, desde 1921); varios de estos periódicos se harían diarios en los veinte (*El Mundo Deportivo*, desde 1929 y *La Jornada Deportiva*, desde 1921, por ejemplo), y hasta se contaba a partir de 1926 de una agencia especializada, *Noti-Sport*. Sobre el particular, véase José Altabella, “Historia de la prensa deportiva madrileña”, en *Orígenes del deporte madrileño. 1870-1936*, Madrid, vol I, 1987.

enorme importancia, la trascendencia, racial y deportiva, que tiene la implantación de la educación física en las escuelas”. De ello, al parecer, iba a depender el —se decía— “único medio” para “fortalecer nuestros adolescentes” y “templar su espíritu y su cuerpo en una sana energía”, a la vez que “la máxima perfección física de nuestros hombres y la posesión de un carácter, de una disciplina moral, enérgica, firme, [y] decidida”<sup>17</sup>.

Aquellos futuros hombres, “campeones” en lo deportivo tanto como en los esfuerzos cotidianos de la nación, tenían evidentemente virtudes que se acomodaban bien al empeño modernizador de la sociedad española de entreguerras. Era evidente que los nuevos ideales deportivos casaban bien, por ejemplo, con los objetivos de rendimiento máximo de las capacidades individuales que se asociaban a la racionalización del trabajo y que avanzaban, ciertamente, al compás de los propios progresos de un capitalismo en plena bonanza económica en esta fase. La prensa deportiva era clara en este particular:

La aspiración de todo deportista, en todos los deportes, consiste en obtener de su cuerpo el máximo rendimiento compatible con sus características anatomo-fisiológicas, o sea que, procurando obtener el cultivo acertado del mismo, una mayor resistencia física, en la práctica del deporte a que se dedica, la finalidad más enérgicamente buscada, es la de llegar a rendir el máximo con el mínimo esfuerzo.

Ello implica un ajuste tan perfecto de todos los gestos que la técnica especial de cada deporte exige, que bien puede afirmarse que, sin un estilo perfecto, es imposible en absoluto.

---

<sup>17</sup>De creer al autor de este artículo, que ocupaba la totalidad de la primera página del periódico y a cuatro columnas, los beneficios del deporte tenía efectos casi taumaturgicos: “[...] cuando al terminar el bachillerato, nuestros adolescentes ingresan en los Clubs deportivos vienen maltrechos y perjudicados por el plan de enseñanza antihigiénico y atipedagógico que se ha tolerado les fuese aplicado durante ocho años. Vienen al deporte hundidos de pecho, torcidos de espinazo, amarilla la faz, atrofiados los músculos, perdida la infantil elasticidad, reducida su capacidad respiratoria, sufriendo del estómago, es decir, para no prolongar el cuadro, en pleno decaimiento físico. ¿Y es esta la pasta de futuros hombres, con que hemos de crear nuestros campeones? [...] Como una necesidad racial, como una necesidad deportiva, precisa que todos los sportsman pidan, exijan la implantación en las escuelas de un plan nacional de educación física. Vid. José A. Trabal, “Los factores de nuestro progreso”, en *La Jornada Deportiva*, nº 9, de 1921. El articulista, un habitual en los fondos deportivos del periódico, insistiría una y otra vez en estas ideas, como cuando en el nº 14 de 1922 subrayase, de nuevo, que “la educación física y el deporte” constituían un “medio indispensable para regenerar física y moralmente a nuestro pueblo”. De todas formas las esperanzas patrióticas de regeneración nacional no siempre servían al objetivo de revitalizar España sino que, como podía suceder en Cataluña, podían obedecer a un catalanismo nada disimulado recordándose a este propósito que “el que fa esport fa patria” y que “Un poble fort és un poble lliure. Els esports fan forts als homes y grans als pobles” (“Patriotisme esportiu”, *Sport i Cultura*, 3 [1922]) o servir como hacía Francesc Roca desde publicaciones como *Art i Sport* (1 [1915]), para estimular en el “poble la necessitat de dedicarse al Sportisme, car amb ell pot adquirir-se el desenvolupament corporal al ensemps que esser herculats i dignes defensors de llur aimada patria, salvant-la del perill.

En los años veinte, la racionalización del esfuerzo y la tecnología del cuerpo eran valores que habían avanzado extraordinariamente hasta redefinir el trabajo del deportista en términos verdaderamente mecanicistas. Como se sostenía desde el mismo editorial, el cuerpo, “como todo objeto material”, estaba “sujeto a las leyes que rigen la mecánica universal” y, por consiguiente, y por muy agradables que pudiesen llegar a ser plásticamente los movimientos del deportista en la palestra, sólo obraría eficazmente si dejaba a un lado estas “trabas” estéticas y “dando a todos los gestos la energía necesaria al fin propuesto” y adoptando las posturas necesarias sólo “si estas son las mejores en cuanto a rendimiento e higiene”<sup>18</sup>.

Se trataba, pues, de extraer el máximo rendimiento a una raza que en el futuro estaría “fortalecida físicamente” aunque necesitada por el momento, como se subrayaba en estas fechas, de “un fuerte revulsivo moral que forje su carácter según normas de una mayor firmeza espiritual”. La movilización nacional, además, debía adoptar estilos enérgicos, *viriles*, e incluso decididamente militares; de ahí que no escaseasen las comparaciones en el vocabulario y los estilos periodísticos entre los *combates* futbolísticos y las tácticas y estrategias militares, o que se ensalzase las virtudes militares de los equipos deportivos que, si eran capaces de mostrar en el terreno de juego la “influencia que tienen los deportes sobre el cuerpo y el espíritu”, era evidente que podían trasladar a otros terrenos, como el de la guerra, las virtudes de “una selección en el campo de batalla”.<sup>19</sup>

En este contexto de expectativas sobre el deporte, se explican datos como el de que los artículos sobre teoría y táctica deportivas aumentasen en estos años significativamente, y lo que es aún más interesante, creciese su capacidad de afinamiento desarrollando un vocabulario específico y, sobre todo, perfilando todo un género como el de la crónica deportiva; a través del que los periodistas muestran de modo cada vez más claro sus preferencias por el equipo local —lejos ya de la cada vez más desfasada caballería cortés y aristocrática—, culpan al árbitro de los desastres

---

<sup>18</sup> José A. Trabal, “El rendimiento y la Estética”, *La Jornada Deportiva*, nº 33 de 1922.

<sup>19</sup> José A. Trabal, “Dinero”, en *La Jornada Deportiva*, nº 11, 1921. Sobre la presencia de valores como los de la virilidad y la violencia del fútbol español de los veinte, véase J. Uría, “Imágenes de la masculinidad. El fútbol español a principios de los años veinte”, en *Ayer*, 72 (2008). La importancia que tenía el deporte en tanto que visualización de las virtudes saludables de un pueblo, cobraba fuerza en plenos años veinte en regímenes como el fascismo; Musolini aparecía en la prensa de estos años esquiando, a caballo o practicando otros deportes, gustando de mostrarse con el torso desnudo para ilustrar la necesidad de exhibir un cuerpo sano, capaz de soportar los esfuerzos y la fatiga. *Vid* sobre el particular Ángela Teja, “Deportey relaciones internacionales durante el fascismo en Italia”, en T. González Aja (ed.), *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo*, Madrid, 2002, p. 267.

del equipo de sus querencias, y generalmente tienden a eximir al público de la responsabilidad de sus desmanes. Los principales equipos españoles contratan técnicos o entrenadores extranjeros, capaces de introducir rigor y experiencia en un fenómeno que crece a velocidades que suponen, no pocas veces, importantes crisis de crecimiento e considerables grados de desorden en su desarrollo. Cada equipo especula con la posibilidad de disponer de estilos específicos de juego que permitan diferenciarlos de su rival y que, circunstancialmente, posibiliten también engarzar esa personalidad deportiva, real o supuesta, en identidades de rango distinto pero que, como en el caso de la identidad local o la nacional, permitan reforzar la confrontación deportiva y cargarla de nuevos sentidos.

Efectivamente, en estos años, en medios deportivos tan sensibles a las cuestiones nacionales o regionales como el del periódico barcelonés *La Jornada Deportiva*, se refleja una y otra vez lo específico de *estilos* como el “levantino”, definido por el jugador del Valencia Cubells, y al que la propaganda de la colección *Los ases del fútbol* calificaba como verdadero “creador” de sus rasgos a través de “su historia deportiva, la técnica de su juego [y] sus triunfos” deportivos. En la revista, con todo, destacaban con un perfil más definido otros protagonistas y, en concreto, los que constituían sin duda los vectores de mayor actividad futbolística en España; Madrid, el País Vasco y Barcelona. Al parecer, iniciados ya los años veinte, los madrileños se caracterizaban en su juego por “la ciencia fría, el juego de pases” y la “confianza en su saber”; el deporte vasco, a su vez, se significaba por ser “sobrio”, a la vez que “uniforme, con más rudeza que elasticidad”; el de Cataluña, en fin, era “brillante, de más difícil ejecución, dominando la pelota en cualquier momento y en cualquier circunstancia”. La prensa vasca también abundaba en parecidas caracterizaciones; se recreaba en la defensa del “sistema vasco”, por ejemplo o, para desesperación del periodismo deportivo catalán, utilizaba la tribuna del bilbaíno *El Pueblo Vasco* para, a la vista de las recientes derrotas del Barcelona, ensalzar un estilo hasta entonces despreciado:

Cuando nuestro football era más censurado, cuando nuestra táctica era más despreciada, hasta el extremo de considerar que el football no se hizo para nosotros, cuando en esas rimbombantes revistas deportivas [como] “La Jornada Deportiva”, etcétera, etc. la mayoría de ellas catalanas, se hablaba, no precisamente de la decadencia del football vasco, sino del fracaso de la táctica del mismo, este ha tenido que resurgir y aún cuando no fuera más que en estos dos matchs nos damos por muy satisfechos para demostrar en todo su esplendor a los catalanes y a las demás regiones españolas, que ese foot-ball, según ellos fracasado, es y será siempre que lo realicen, el más práctico, el más positivo,

el que hará cantar muchas veces el “Alirón”, el que nos hará levantar de nuestros asientos para batir palmas en su honor, el que, en fin, será el amo del football nacional, sin que halle (*sic.*) quien, practicando con entusiasmo y codicia, pueda vencernos<sup>20</sup>.

Ahora bien, por debajo de las hipotéticas virtudes de los *estilos* regionales, no hay duda de que latía una preocupación por la técnica y la preparación física que superaba definitivamente el aprendizaje intuitivo, y que marcaba el camino hacia una plena mercantilización y profesionalización del fútbol. No bien iniciados los veinte, por ejemplo, las revistas deportivas incluyen propaganda de productos alimenticios que, como alguna marca de leche condensada, se anuncia explícitamente como alimento idóneo para el régimen de los deportistas, debido a sus virtudes a la hora de estimular la formación de “músculos de acero” o de “obtener una nutrición perfecta que os permitirá resistir la fatiga que os ocasione vuestro deporte”. En realidad el fútbol se está haciendo un saber cada vez más complejo para cuyo desenvolvimiento se hace preciso el uso del conocimiento —a través del despliegue de la preparación táctica precisa— e incluso la mediación de artefactos de una tecnología sumaria, pero ya explícitamente diseñados para este deporte<sup>21</sup>. Los preparadores físicos y entrenadores se convierten en una preocupación primordial en los equipos. Por la misma época, la Real Sociedad contrata, por ejemplo, a Lippo Hertzka, ex-jugador húngaro del M.T.K., para encargarse de insuflar nuevo brío al “sistema” de juego practicado, al parecer, por los equipos del Norte. Un sistema caracterizado, al decir de la prensa de esta zona, por el uso del pase largo, y sobre cuyas virtudes frente al pase corto se había abierto no poca controversia en el fútbol británico a propósito de su adopción por los equipos escoceses e ingleses. Desde el deporte catalán, en todo caso, se calificaba la defensa del pase largo como una

---

<sup>20</sup> La personalidad que habían ido adquiriendo los distintos estilos futbolísticos en las diferentes partes de España, finalmente, había permitido diferenciar *públicos* igualmente singularizados. Por la misma época, al parecer, “Un público especialísimo, es el de Galicia, el más pacífico... antes de comenzar los partidos, pero el que más grita; no tiene por costumbre hacerlo, para molestar a los jugadores o el árbitro, sino para animar a los jugadores favoritos. A este efecto, hay numerosos grupos provistos de descomunales bocinas, que atruenan con sus voces. El público peor en todos sentidos, es el nuestro, el público catalán. [...] Es el más numeroso... pero el más fanático, el menos entendido y el más difícil de contentar. Véase “A través de la España futbolística”, *La Jornada Deportiva*, 26 (1922); el texto de *El Pueblo Vasco* en *La Jornada Deportiva*, 91 (1922). Véanse también de este último periódico los números 180 (1923), 201 (1923), 204 (1923) y 96 (1922).

<sup>21</sup> En el número 202 (1923) de *La Jornada Deportiva*, se incluye propaganda de la leche condensada La Lechera en los términos reproducidos anteriormente; a su lado se incluyen, además, la lista de productos de la Casa Lyret para fútbol, y que incluían diseños de jerseys, medias, pantalones, tobilleras, defensas, rodilleras (de “portero” e “inglesas”), guantes de portero y calzado específico, además de balones “de reglamento” o cámaras fotográficas. El mundo de la publicidad en la prensa deportiva, sin embargo, era complejo; sin salirse de la misma publicación, en su número 19 de 1922 se anunciaban en la misma página tanto un cronógrafo de la relojería Juan Boix, sin el cual “no hay record posible”, como el aviso de que “Todos los /Sportsmen /tonifican su cuerpo/ con el famoso/ Anís del Taup/ José Germá/ Sabadell”.

muestra de “juego rígido” que “cuando no puede torcerse, se rompe”, y lo confrontaban con las ventajas de combinar unas y otras cosas, incluido el “maravilloso juego de cabeza” adaptándolo a las circunstancias cambiantes de los contendientes.<sup>22</sup>

Las ventajas de la preparación física y de un buen entrenamiento eran asumidas en muchas otras zonas españolas. En Madrid, por ejemplo, y para defenderse de la supremacía de un fútbol catalán en quien se reconoce que recaía “el portaestandarte del fútbol patrio”, se preconizaban sobre todo las virtudes del entrenamiento. El Real Madrid, a la sazón, había constituido un “Comité técnico” que había entregado la responsabilidad en este terreno a un entrenador nacional frente a la solución de los “extranjeros de postín” que habían adoptado algunos de los equipos españoles más fuertes; defendiendo como normas esenciales para el buen desarrollo futbolístico no tanto el cuidado minucioso de la técnica con el balón, cuanto el buen desarrollo y fortalecimiento físico, además de la educación de la “voluntad” y la “serenidad”. Se trataba, por tanto, de añadir “Un poco de técnica”, como defendía *Madrid-Sport*, a un juego que era conocido en el exterior por su viveza y su nervio, y por asumir “esa acometividad y rapidez propia de la sangre española” que, en su estilo arrebatado, ignoraba en gran medida las virtudes de una preparación técnica “muchos codos por bajo de todos esos extranjeros”<sup>23</sup>.

En Barcelona, entre tanto, la preocupación por la técnica del fútbol había animado una literatura periodística de dictámenes o entrevistas a especialistas, frecuentemente extranjeros, que pontificaban sobre las excelencias o desventajas del fútbol español o del que se hacían eco en Cataluña. Se estaba atento a opiniones como las del delantero del Newcastle que, en unas notas publicadas en el *Wiener Sport Tagblatt*, pese a censurar el mal oficio de los árbitros, insinuar que parte del ritmo endiablado de los encuentros provenía de la costumbre española de cambiar constantemente por sustitutos frescos los jugadores más cansados, o extrañarse de un público demasiado aficionado a exteriorizar ruidosamente sus preferencias, acababa reconociendo el hecho de que el fútbol “durante los últimos años ha hecho asombrosos progresos en España”. Pero sobre todo se atendían las indicaciones del mítico entrenador del Barcelona hasta 1924, Jack Greenwell, que subrayaba, y no sin razón, que el verdadero animador de los excelentes resultados obtenidos hasta entonces por el equipo, y muy especialmente en los últimos

<sup>22</sup> “Del cercado ajeno...”, *La Jornada Deportiva*, 96 (1922); I. Corbinos, “La prensa del Norte y las dos derrotas del F. C. Barcelona”, *La Jornada Deportiva*, 91 (1922).

<sup>23</sup> “¿Volverán los triunfos del fútbol madrileño?”, en *Madrid-Sport*, 322 (1922), y “Un poco de técnica”, en *id.*, 338 (1923).

tiempos, era ante todo un fútbol “producto de una técnica y un entrenamiento” en el que se había perseverado extraordinariamente desde su llegada en los años de la Gran Guerra. En el tiempo que llevaba en el club, el británico había intentado racionalizar la preparación física de sus jugadores, si bien tropezando siempre con la dificultad de un profesionalismo cada vez menos encubierto, pero que, a principios de la década, todavía no alcanzaba el estatus legal, y apenas otorgaba ventajas económicas significativas sino a unas pocas figuras destacadas de la plantilla. Entrenar en aquellas condiciones, sujetándose a los horarios laborales o profesionales diversos que tenían cada uno de los jugadores, era sin duda dificultoso si, como era el caso, se planteaba el objetivo de lograr un equipo similar a los británicos. Sin embargo, Greenwell había conseguido avances significativos; abandonó definitivamente, por ejemplo, las querellas entre partidarios del pase corto o del largo para decantarse por soluciones que, partiendo del conocimiento previo de los diferentes estilos y técnicas al uso, pudiese combinarlas todas “adaptándolas según las circunstancias y según los equipos contra los que se luce”. En febrero de 1922, Greenwell, a través de *La Jornada Deportiva*, hacía públicas unas opiniones sobre táctica futbolística de amplia acogida, al parecer, entre el conjunto de los clubes catalanes. Definitivamente el entrenador quería sancionar como cosa caduca el recurso al lucimiento individual y a los estilos brillantes del regate ignorando, la eficacia de la labor de conjunto:

Estamos bastante lejos de aquellos tiempos en que los individuos que se destacaban olvidaban siempre el juego de conjunto; han pasado ya algunos años de aquella técnica primitiva de los dos defensas en línea casi vertical a la de “goal” y que barrían consecutivamente los ataques del trío delantero contrario, único atacante; ha pasado bastante tiempo de la concepción exclusivamente defensiva de los medios, y del ataque siempre por pases cortos en los que los exteriores desempeñaban un papel secundario. [...] Estamos muy lejos de aquellos tiempos en que los tantos eran producto casi exclusivamente de procesos más o menos brillantes de un solo individuo, y hoy, afortunadamente, olvidamos pronto a los marcadores de goals para atribuirlos a la labor conjugada de todo el equipo<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> “Valoración Internacional de nuestro Fútbol. Lo que dice un profesional inglés”, *La Jornada Deportiva*, 8 (1921); “Una interviú con Jack Greenwell. Manifestaciones del entrenador del Barcelona, acerca del Fútbol nacional y regional”, *La Jornada Deportiva*, 19 (1922); J. Greenwell, “Consideraciones acerca de nuestro campeonato. Del valor de los exteriores de un equipo. Las dos tácticas”, *La Jornada Deportiva*, 20 (1922). El avance en la especialización cada vez más puntillosa de los distintos futbolistas en el desarrollo del juego, puede observarse en párrafos de este último artículo: “en las alas hay que colocar a los jugadores más perfectos. No solamente ha de ser el jugador, veloz, un excelente “sprinter”, sino que también el más ágil, el más flexible, el más diestro, el de mayor dominio del balón, más difícil y de una gran decisión, capaz de “shotar” a goal cuando la menor oportunidad lo aconseje. Los interiores tienen que luchar contra medios y defensas; el exterior, con el medio ala, con el defensa que llega a gran velocidad, con el “cut” y con la línea de goal, por esto hay que exigirles mejores cualidades. El rápido y preciso juego de los exteriores, combinado con su medio ala, con el medio centro, con su interior y con el

### **La popularidad y los avances en la mercantilización del fútbol.**

El fútbol, tal y como se va comprobando, estaba ganando cada vez más complejidad y resolución técnica; algo que no podía sino influir positivamente en una popularidad que, en la fase de los veinte, se reforzaría considerablemente. Era indicio de ello el crecimiento de los aforos en los estadios, con la expansión de una arquitectura donde el desarrollo de gradas y tribunas marcaba las distancias con el carácter elemental no pocas veces de los viejos recintos deportivos, según ya sabemos; lo mismo podía decirse de su evolución, cada vez más clara, hacia un espectáculo plenamente mercantilizado y que traicionaba sus orígenes como deporte *amateur* con sociedades de practicantes, sin ánimo de lucro, y cuyas cuotas a duras penas sufragaban los gastos de las instalaciones. El fútbol se haría en los años veinte, además, un espectáculo cuya popularidad superó con creces la de otros deportes rivales.

Obraba a su favor, desde luego, el complejo juego de atractivos sociológicos y antropológicos del deporte, al tiempo que el hecho mismo de haberse hecho su ejercicio, tal y como ya se ha sugerido, punto de convergencia de densos significados simbólicos. A diferencia de otros deportes el fútbol disponía de un reglamento de excepcional simplicidad; lo que contribuyó no sólo a que creciese el número de sus practicantes, sino también a que el público pudiese seguirlo sin dificultad de forma masiva y participando, además, como juez apasionado en sus avatares. Tampoco los terrenos de juego constituían una dificultad insuperable; la bajamar de una playa en las ciudades costeras, o las afueras de las ciudades o los campos comunales, podían officiar de palestra para su ejercicio sin más que añadirles dos palos erguidos en el suelo por cada portería; incluso en lugares como Barcelona, donde el crecimiento urbano había colmatado el caserío y disminuido los espacios comunes de recreo, había invadido el fútbol la calle ante las quejas del Ayuntamiento de la ciudad, convirtiéndola en improvisado terreno de juego. En la ciudad, efectivamente, el desarrollo deportivo,

---

delantero centro, desconcierta a los medios adversarios y engaña con más facilidad a la defensa, y la precisión de sus centros, aprovechando todo momento de incoherencia de la defensa contraria llevan en sí la garantía de un remate eficaz. Además, guardando fidelidad al terreno límite que le está confiado le será fácil correr pelotas entregadas desde más lejos. Inútil consignar que sólo deberá ceder su lugar en el caso de una carrera sesgada del interior obligado a invadir su terreno y cuyo sitio llenará momentáneamente, como en todo momento que las diversas contingencias del juego obliguen a aquel a repetir la suerte". La costumbre de recurrir a entrenadores extranjeros para infundir al fútbol español técnica y buenos principios de preparación, era seguida por otros clubes, y entre ellos, por supuesto el Bilbao, donde Fred Pentland, primero entre 1922-1925, y luego entre 1929 y 1933 sería responsable de la consecución para el equipo de nada menos que 12 campeonatos.

iniciado el siglo XX, había evidenciado una penuria de campos deportivos que aceleró la práctica del alquiler de solares con ese objeto, a la vez que se iniciaba su éxodo constante hacia espacios cada vez más periféricos al compás del crecimiento urbano y el incremento del precio del suelo. Desde los años de la Gran Guerra, y al tiempo que se desarrollaban recintos para deportes de pago, y espacios deportivos privados en zonas populares e industriales de la ciudad, se observaba con creciente alarma la presencia de los deportistas aficionados en terrenos mal preparados o en zonas en absoluto destinadas a estos usos. Entre tanto, desde la prensa deportiva se emprendían activas campañas a favor de una política de subvenciones y de protección del deporte y, de modo más explícito, en pro de la construcción de nuevos estadios capaces para acoger a las multitudes. El Ayuntamiento prohibía, en 1922, que los niños jugasen en las calles de la ciudad<sup>25</sup>, pero el recurso a improvisar campos de juego allí donde faltasen infraestructuras idóneas suplía constantemente las deficiencias en este aspecto; en rigor, lo único que se necesitaba para el ejercicio futbolístico era un campo más o menos regular y algo con lo que improvisar una portería, y tales circunstancias no dejaban de constituir una excelente ventaja para la expansión de un juego que, al parecer, todo el mundo practicaba en casi cualquier parte.

De la indumentaria, a su vez, podían hacerse consideraciones parecidas. Si se considera la lista de precios de principios de los veinte para artículos futbolísticos, lo único verdaderamente imprescindible era el balón; de precio variable aunque podía oscilar entre las 8 y las 13 pesetas; se trataba de uno de los artículos más caros del equipamiento, pero podía compartirse su precio entre los distintos miembros del conjunto. Los que pretendiesen vestirse con un equipamiento estándar, como aquellos forzados por la dignidad exigida en la competición o por el decoro requerido en los

---

<sup>25</sup> X. Pujadas y C. Santacana, *Deporte, espacio y sociedad... opus cit.* p. 35 y 44-45. Noticias de la prohibición del Ayuntamiento barcelonés del juego callejero, por ejemplo, en *La Jornada Deportiva*, 29 (1922). Ejemplos de campañas a favor de las instalaciones y la protección legislativa del deporte pueden verse en la misma publicación; en los números 145 y 146 de 1919, por ejemplo, sendos editoriales abogaban por los beneficios de la cultura física y la necesidad de involucrarse en ellos la política y la legislación. Las campañas en apoyo del deporte arreciaron desde esta plataforma en años sucesivos, como, por ejemplo a lo largo del 1920 y en preparación de los Juegos Olímpicos de Amberes. Las campañas rindieron sus frutos a lo largo de la década, y el proceso de construcción de estadios llegó a su cima con la inauguración del Estadi Catalá, que se abrió en 1921, todavía inconcluso, para presenciar encuentros como el del Sparta de Praga y el Barcelona, “representativos de las dos nacionalidades” y al que acuden 32.000 espectadores. El comentarista esperaba el momento en el que “el talud esté cubierto de verdes enredaderas, cuando de ellas se destaquen las estilizadas líneas de unas estatuas griegas, cuando se hayan terminado de graderías, cuando se alce el arco de triunfo”. No demasiado tiempo después, sin embargo, se informaba de que el estadio estaba en ruina y que la hierba crecía a plena libertad por las gradas, las pistas y el terreno de juego. Véase sobre el particular *La Jornada Deportiva*, 12 (1921) y 163 (1923).

torneos más o menos regularizados, tenían que afrontar gastos mayores, y que suponían un mínimo de unas 15 pesetas para un equipamiento elemental de jersey, pantalón y botas; aunque podía fácilmente llegarse a las 34 pesetas —y eso escogiendo los precios más baratos— si se equipaba uno con todos los accesorios que figuraban en las tiendas de deportes para el futbolista. Si se considera que, en 1926, el jornal de un albañil en Barcelona se situaba entre las 10 y las 14 pesetas, puede comprenderse bien que el montar un equipo capaz de presentarse decentemente en una liga, asumiendo los gastos de vestuario, los derivados de los desplazamientos exigidos por la participación en los distintos campos de juego al ritmo de la marcha de las competiciones, o hacerse con campos de deporte acordes con los rendimientos deportivos que se exigían en las competiciones, no estaba siempre al alcance de los jugadores.

En consecuencia, la participación de mecenas o benefactores del deporte, así como la profesionalización o mercantilización del juego y los jugadores, constituían derivaciones casi automáticas de la orientación que estaba tomando un deporte masivo y en el que, pese a ser la socialización del deporte cada vez más extensa, el espectáculo de competición hacia el que derivaba, exigía casi de forma natural una mayor profesionalización de los jugadores y de los clubes, con vistas a estimular un juego cada vez más vistoso y atractivo para los compradores de entradas y los socios-espectadores. Se incrementó en lógica consecuencia, además, la complejidad contable y el nivel de desembolsos en publicidad, en preparación física o en terrenos de cada vez mayor capacidad, calidad, y elaboración arquitectónica a lo largo de la década.

<b>Precios de artículos futbolísticos en la Casa Layret de Barcelona en 1923</b>				
Jerséis futbol	2,25	3,95	4,95	todos colores
Medias jugador	1,65	1,85	2,35	id.
Pantalones jugador	1,75	2,25	2,95	3,25 id.
Cámaras inglesas	1,95	2,30	y	2,95
Defensas	0,55	0,75	0,95	1,45 2,95
Tobilleras inglesas	6,95			
Rodilleras portero	8,95	9,45		
Rodilleras inglesas	6,95			

Balón reglamento	7,95 9,95 10,95 12,95
Guantes portero	2,95 12,45 17,95
Calzado fútbol, todas las medidas	10,95 y extra a 14,95
Fuente: <i>La Jornada Deportiva</i> , 202 (1923).	

Ahora bien, aunque el crecimiento de los gastos empresariales, a la vez que el de los costos para las sociedades de aficionados, se hizo cada vez mayor, era cierto también que, llegado el caso, el balón podía verse substituido por una bola hecha de trapos, que el calzón corto y las camisetas —caso de no jugar con la ropa de calle— podían improvisarse con telas baratas y confecciones elementales, y que el calzado, evidentemente, podía ser el que diariamente se usaba en los menesteres cotidianos, como se hacía en las playas, simplemente, substituirse por el pie desnudo. En consecuencia, no había en rigor grandes impedimentos para la expansión y popularidad del fútbol; la mediación de artefactos dispendiosos, de instalaciones más o menos complejas, o de reglamentaciones complicadas y exhaustivas podía reducirse a la mínima expresión. Ni siquiera se necesitaba satisfacer el pago de un equipamiento como el de la bicicleta, la rival más inmediata del fútbol en el terreno deportivo en unos años en los que su presencia entre los trabajadores empezaba a constituir una útil ayuda en los desplazamientos, pero que suponía la desventaja de tener que hacer mediar entre el deporte y el deportista un artefacto tecnológico que en el fútbol no existía, o que se reducía a una expresión comparativamente menor. El fútbol callejero coexistía, por tanto, con el fútbol de competición y, lo que es más, el primero casi podía decirse que era la condición para que, sobre esta base, pudiera crecer y desarrollarse el segundo, dado que en él nacía y se fortalecía la afición, y hasta podían forjar sus primeras armas los futuros jugadores de extracción popular.

En estas condiciones el ascenso del fútbol fue imparable, su socialización rápida, y la popularidad de sus reglas, de sus artificios estratégicos o de sus procedimientos y estilos deportivos cosa hecha. El fútbol se hizo patrimonio compartido de no pocas discusiones de café, o la pasión de cada vez mayor número de élites intelectuales. Permaneció siempre, es cierto, un núcleo de cuadros intelectuales escasamente proclives a integrar estas manifestaciones deportivas populares en un conjunto socialmente respetable o moral o intelectualmente aceptable, tendiendo a juzgarlas en realidad como un refugio de pasiones incontrolables enemigas del recto raciocinio o de la reflexión

conscientemente política. Lo que sostenía Marcelino Domingo en uno de sus discursos de los años veinte —vigorosamente aplaudido por su público republicano— y en el que calificaba a los partidos de fútbol como simples procedimientos “que acaban de castrar nuestra juventud”, resultaba ilustrativo de esta actitud crítica y distante —y en el fondo *demofóbica*— de estas élites culturales. La respuesta que tuvieron sus palabras en la prensa deportiva, en todo caso, era también ilustrativa de la fuerza social de los seguidores del deporte, que a través de un editorial “Doctrinal” de *La Jornada Deportiva*, que repasaba esta pieza oratoria y otros escritos suyos como su libro *En esta hora única*, clamando airados contra una política caduca: “¡Qué sabe el señor Marcelino Domingo lo que son los deportistas, y el espíritu que les anima! ¡Son una juventud fuerte y sana, que no tiene otro defecto que el de no dejarse atraer por la oratoria de políticos fracasados!”.

En realidad, y en eso no le faltaba razón al periódico, la manera más abierta y comprensiva de reflexionar sobre el deporte en general —y sobre todo acerca del fútbol en particular— les correspondería a otros intelectuales con mucho más futuro en los años veinte y mucho más ligados a los estilos iconoclastas y rupturistas de las vanguardias. Se trataba de gentes como Giménez Caballero, que dedicaría algunos de sus más celebrados fragmentos de la prosa delirante de *Hércules jugando a los dados* a este deporte, símbolo en esos textos de modernidad y de ruptura violenta con los estilos de una nacionalidad caduca. Hasta el propio Ortega y Gasset, que protestaba públicamente desde *El Espectador* de ser “ya demasiadas las columnas y las páginas que dedican [los periódicos] a los ejercicios corporales”, jugaba discretamente al fútbol en sus minutos de ocio con parte de sus colaboradores de la *Revista de Occidente*<sup>26</sup>.

Los avances en la mercantilización del fútbol, desde luego, tenían sus límites; los marcaba la propia velocidad de las transformaciones socioeconómicas y su carácter geográficamente desigual en el territorio español. El fútbol, como la propia modernización de la sociedad española había avanzado esencialmente en las zonas más urbanizadas e industriales, aunque es cierto que, desde principios de siglo, incluso las

---

<sup>26</sup> *Anuario Estadístico de España. Año XIII. 1927*, Madrid, 1929, p. 507. El comentario al mitin de Marcelino Domingo, en “Doctrinal”, *La Jornada Deportiva*, 77 (1922). Véase también Ernesto Giménez Caballero, *Hércules Jugando a los dados*, Zaragoza, 2002 [1ª ed. en Madrid, 1928]; sobre su contenido se hacen más reflexiones en el artículo de J. Uría, “Imágenes de la masculinidad. El fútbol español a principios de los años veinte”, en *Ayer*, 72 (2008). El detalle de Ortega, en J. Altabella, *opus cit.*, p. 172. Una relación particularmente detallada de la presencia del fútbol en la creación literaria en el primer tercio del siglo XX en J. Castañón Rodríguez, *Creación literaria y fútbol*, Valladolid, 1991, p. 59-84.

zonas rurales habían mostrado una tendencia creciente a romper su aislamiento, a incorporar las novedades propias de la oferta de las industrias culturales<sup>27</sup>.

La aplicación estricta de los reglamentos deportivos, por otra parte, también avanzaba, aunque poco a poco. No era raro, a principios de los veinte, que se discutiese por doquier la autoridad del árbitro, o que el público enardecido discrepase de forma airada a propósito de la evolución del juego. La prensa de la época alude a constantes incidentes violentos, y menudean las noticias de encuentros que, comenzando con zancadillas o mamporros entre jugadores, acaban con la irrupción de los espectadores en el terreno de juego provocando la suspensión del encuentro mientras exigían violentamente al árbitro la rectificación de sus decisiones. De hecho, la presencia de números de la Guardia Civil fue cada vez más frecuente en previsión de futuros incidentes. En 1923, además, la Asamblea Nacional de la Federación española se veía obligada a regular la agresión a los árbitros por cuenta de los jugadores, con toda energía; la Asamblea, presidida entonces por Maura, había sido explícita:

Se castigará todo gesto que hagan los jugadores al árbitro con una pena de uno a tres meses de inhabilitación y de uno a tres años si reinciden.

Si la agresión es de obra la descalificación será perpetua.

Este artículo tan contundente, y que aplaudimos, intentó ser modificado añadiendo “si la agresión fuera en el terreno de juego”, y luego señalando el plazo después de partido arbitrado en que no podría ser agredido (?)

— Si tenemos al árbitro acorralado un cierto número de días, o sólo en el campo — dijo el señor Maura — ya sabemos en qué sitio y fecha le irán a abrir la cabeza.

La necesidad de hacer respetar el reglamento, en realidad, se veía como cuestión primordial desde hacía tiempo por diversos sectores del deporte español. No sólo la prensa catalana, sino también la madrileña se hacía eco de la necesidad de corregir

---

<sup>27</sup> En zonas como Asturias, por ejemplo, las tradicionales romerías veían alterado su protocolo tradicional, sobre todo desde la segunda década de siglo; frente a la presencia de gaitas y tambores, músicas y canciones, y bailes tradicionales, los nuevos festejos incluirían ahora cada vez más gramófonos, fuegos de artificio o iluminaciones eléctricas ... o fútbol. De hecho, en las villas cabeceras de los concejos rurales asturianos, el fútbol, que había llegado a principios de siglo de la mano de los estudiantes de Oviedo, de vuelta en el verano a sus residencias familiares, tardó poco en fundirse con los festejos veraniegos tradicionales, y los encuentros futbolísticos animaban a principios de los veinte comarcas como la del Occidente de Asturias, donde, en 1923, se celebraban partidos más o menos regulares entre los equipos o selecciones de jugadores de pueblos como Vegadeo, Navia, Lluvia, Castropol, Cangas de Tineo, Boal o Ribadeo. Sobre la mercantilización de las romerías asturianas, véase J. Uría, “De la fiesta tradicional al tipismo mercantilizado. Asturias a principios del siglo XX”, en *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 30-31 (1999-2000). Detalles sobre los equipos en Occidente de Asturias en D. Martínez, *Historia del Navia C. F. 1914-1984*, Oviedo, 1985, esp. p. 13-25. En esta última publicación se añaden detalles como la utilización por los primeros jugadores de pelotas de trapo, la llegada del fútbol de la mano de los estudiantes veraneantes, o la lista de encuentros futbolísticos celebrados con equipos locales.

“esos movimientos hostiles acompañados de un vocerío espantoso que a nada conduce y que, por lo general, se dirigen [...] al árbitro”, a la vez que se levantaba acta del imperativo deber de los cronistas deportivos de educar al público en el respeto a las atribuciones del juez de los encuentros. Tales observaciones, reiteradas desde *Madrid Sport*, en 1919, resultaban tanto más convenientes cuanto que los incidentes violentos no dejaron de reproducirse en años posteriores, e incluso llegaron al extremo, en noviembre de 1920, de que en el transcurso del campeonato regional de la zona Centro, un encuentro entre el Madrid y el Athletic desembocase en un altercado que involucró primero a jugadores y directivos, y luego a la multitud asistente, y que se saldaría con varios muertos y decenas de heridos, además de producirse desórdenes en días sucesivos que provocaron la proclamación de la ley marcial para intentar poner coto a las agresiones y tiros de las jornadas ulteriores<sup>28</sup>.

En definitiva, y aunque no faltaran quejas periodísticas en años sucesivos sobre la ignorancia del público acerca de las reglas del fútbol, o pudiese apreciarse un mayor retardo en las zonas agrarias del país en cuanto al arraigo de este deporte, no hay duda de que el balompié estaba conquistando un lugar envidiable en la estructura del tiempo libre, consiguiendo competir con éxito gracias a sus complejos atractivos en el mercado de unas industrias culturales en plena expansión en los años veinte, y destacándose de inmediato como uno de los motivos de mayor éxito en cuanto al poder de convocatoria de multitudes en aquellos años cruciales. La pasión por el fútbol, a principios de los veinte, se había adueñado incluso de significadas categorías de grupos intelectuales, y recogía toda una amplia muestra de edades y de procedencias geográficas.

Por calles y plazas, juegan al fútbol los muchachos y corren y saltan y leen los periódicos deportivos y conocen los campeones.

Es el triunfo del ideal que se apodera de las almas infantiles hasta convertirse en culto, como años atrás lo fue el toreo, como siempre lo han sido, con peor o mejor resultado para la moral del pueblo, aquellos espectáculos donde la agilidad, la destreza y la valentía, entusiasman el alma de quienes los presencian hasta adueñarse por completo de su espíritu<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> A los incidentes violentos de Madrid, y a la frecuencia de altercados y suspensiones de partidos por causa de los desórdenes provocados por el público en los inicios de los veinte, se alude en J. Uría, “Imágenes de la masculinidad. El fútbol español a principios de los años veinte”, en *Ayer*, 72 (2008). Véase también la recensión de la Asamblea de la Federación en *La Jornada Deportiva*, 194 (1923), así como el editorial “Labor cultural” en *Madrid Sport*, 140 (1919).

<sup>29</sup> “Doctrinal. El triunfo del ideal deportivo”, *La Jornada Deportiva*, 24 (1922). En ese mismo año, y en centros tan distantes, en principio, del dinamismo socioeconómico de espacios como el madrileño o el barcelonés; en Cuenca, por ejemplo, se sostenían impresiones bien parecidas, y el periódico *El Deporte* (2 [1922]) afirmaba que “Desde hace unos cuantos meses, no hay un solo muchacho, en Cuenca, que no sea futbolista. No se puede atravesar el Parque, ni calle alguna, sin que veamos cerca de nosotros —muchas

Tales eran las notas distintivas de un deporte que se convertiría, sin duda, en el más popular de los años veinte, y tales eran los escenarios donde crecería la figura del deportista profesional, devenido en verdadero ídolo de masas en estos años cruciales; símbolo de los valores de toda una sociedad en pleno proceso de modernización, y a la vez impulsor dinámico de algunas de las características más singularizadoras del ascenso de una sociedad en plena transformación.

### **Los futbolistas como nuevos héroes de masas.**

El ascenso del prestigio de los deportistas se explicaba en parte por participar cada uno de ellos, por separado y en grado sobresaliente, de alguna de las virtudes atribuidas simbólicamente al deporte y, más en particular, al fútbol. Con ser este un deporte de equipo, y con estar cada vez más claro según que sus avances técnicos iban prendidos a una práctica cada vez más coordinada e inserta en el conjunto del equipo, no había duda de que la popularidad del fútbol se incrementaba si se podía encarnar en un rostro con nombre y apellidos. Las excelencias de tal o cual conjunto, solían potenciarse con el encumbramiento propagandístico de tal o cual jugador, cuya efigie, virtudes o defectos particulares, gestos o hábitos peculiares en el juego o en la vida privada se volvieron, en estos años, en ciertos casos destacados, objeto de consumo mercantil a través de fotografías, biografías más o menos extensas, entrevistas en la prensa, o incluso marcas de productos deportivos que se asociaban a este u otro futbolista célebre.

El periodismo supo sacar partido de esta afición a las gestas futbolísticas individuales. Desde muy pronto, las alineaciones habían aparecido no sólo con los nombres y apellidos de los jugadores, sino también con su retrato, de manera que pudieran identificarse bien a unos ídolos a los que no siempre podía apreciarse con claridad desde la distancia de las gradas. Se hizo corriente la fotografía de grupo de los *once* contendientes, con una rápida estructuración canónica, que combinaba al principio la simple foto de los jugadores en fila, erguidos sobre el terreno de juego y en la que se destacaba el portero, diferenciado en el atuendo y sosteniendo el balón, con la forma que con el tiempo se haría dominante, en dos hileras, formada la primera por jugadores

---

veces más cerca de lo que quisiéramos — algún balón improvisado contra el que luchan desesperadamente unos niños..., o unos mozalbetes. El espectáculo se repite en las afueras de la ciudad, cuyas eras quedan inválidas todas las tardes”.

en cuclillas o hincada la rodilla en el suelo, y la segunda por los restantes futbolistas que aparecían de pie sobre el campo. Las fotos de grupo eran todo un emblema del nuevo lugar que, lentamente, habían conseguido ocupar los futbolistas en la escala social. Poco importaba en este sentido lo que fuesen el resto de la semana, en qué fábrica o taller trabajasen de continuo, o qué fuera de ellos una vez que la edad les obligase a colgar las botas y olvidar los honores ganados en el terreno de juego. Los domingos, al menos, ocupaban el centro de las miradas, y el resto de la semana la prensa deportiva solía prolongar su gloria en los corrillos y las tertulias<sup>30</sup>. El *estatus simbólico* que habían ganado con el deporte —para usar de una categoría weberiana— compensaba una posición económica que, según como avanzaba el siglo XX, se alejaba cada vez más de los sectores acomodados para preferir gradualmente una extracción popular que avanza entre los jugadores de fútbol. El deporte podía protagonizar así, en ciertos casos, verdaderos fenómenos de inversión de roles sociales, proporcionando un espacio simbólico donde ejercer un protagonismo social menos evidente en el terreno de la clase social o de la simple posición económica. Los terrenos de juego en el domingo, las páginas ganadas a la prensa, incluso la propia estructura burocrática del fútbol, con toda su red de clubes y federaciones locales, regionales o nacionales, generaban un territorio en el que escenificar el nuevo protagonismo de los deportistas. A decir verdad, incluso la propia prensa deportiva ironizó alguna vez sobre la ampulosidad que desplegaban los representantes de las federaciones en las Asambleas y reuniones directivas de los organismos nacionales del fútbol, imbuidos súbitamente de los ademanes y las ínfulas de los más severos parlamentarios. Algunos medios periodísticos, incluso, transplantaban a las resoluciones y las prácticas federativas el mismo vocabulario de la política, acusando a esta o aquella medida de *caciquismo* o a tal o cual otra de “bolcheviquismo”. Periodistas hubo que, al parecer, habían tenido

la debilidad de asistir a varias Asambleas [de la Federación Nacional] y en todas hemos visto el mismo ridículo deseo de los personajillos futboleros de aparentar graves discusiones, jugando un poco a los diputados; en todas hemos presenciado esa pueril presunción de hombres importantes que tienen los delegados”<sup>31</sup>.

<sup>30</sup> Algunos ejemplos de fotografías de jugadores en alineaciones, en la primera página de *La Jornada Deportiva* n° 80 (1922) y 9° especial (1922); sin salir del mismo periódico, ejemplos de fotos de grupo en el 1° especial (1922) y en el 15° especial del mismo año.

<sup>31</sup> Véase el editorial “El bolcheviquismo en el fútbol”, *Madrid-Sport*, 132 (1919). Alusiones a la “política antideportiva”, al “gran pastel nacional” de las Asambleas federativas, o a los “caciques del fútbol”, en *La Jornada Deportiva*, 163 (1923) y 164 (1923), así como en *Madrid-Sport*, 230 (1921). El texto citado, en *Madrid Sport*, 231 (1921).

En el estilo de ciertas crónicas deportivas, por otra parte, y al lado del tradicional relato de la labor del conjunto y de las principales evoluciones de las jugadas y los movimientos de la pelota, incluso se destacaron apartados específicos destinados a analizar los tipos de juego desarrollados por cada una de las figuras del equipo<sup>32</sup>. Tanto en estos breves apuntes acerca de la actuación individual de los jugadores, como en formatos periodísticos más definidos, como el de la entrevista o el reportaje, se podían apreciar las virtudes excelentes del futbolista que, dejando a un lado algunos detalles personales, tendían a reproducir como no podía ser menos las complejas cualidades que sobresalían en el deporte y que le habían hecho, precisamente, uno de los emblemas de una sociedad industrializada que, en plenos años veinte, estaba viéndose sometida a una considerable aceleración en su crecimiento económico, a un estimable elevamiento del nivel de consumo y, a la vez, a considerables tensiones y desajustes sociales.

De las semblanzas de los deportistas de estos años se puede deducir que los atributos en los que solía hacerse hincapié casi siempre acababan refiriéndose a sus destacables capacidades físicas, lógicas en jóvenes en plenitud de sus fuerzas, físicas y productivas, y que subrayaban su dureza y fuerza, su altura o rapidez; a sus virtudes de carácter, como la capacidad de sacrificio mostrada ante las necesidades del equipo, la valentía, la habilidad o la decisión, la inteligencia, o llegado el caso, y ante jugadores de excepcional valía, y abandonando por un instante los registros más directamente temperamentales y hasta violentos, la serenidad y seguridad, o el equilibrio... Y, por supuesto, la virilidad probada; cualidad esta última nada superflua en un momento en el que se redefinen los estándares masculinos en modelos más agresivos, coincidiendo con el ascenso y la visibilidad de unas mujeres cada vez más presentes en la estructura laboral, o en el ámbito de los derechos ciudadanos o políticos<sup>33</sup>.

Finalmente, como resultado de la continuada presencia en los medios de comunicación, y de la misma popularidad del juego, a mediados de la década algunos futbolistas se habían convertido en verdaderos ídolos de masas. Se alababan las cualidades, por ejemplo, de Meana —“el mejor jugador de Asturias”—, de Gamborena, del Irún, —cuyo “juego universal” de “excepcional jugador” sabía suplir otras flaquezas del equipo—; se ponderaban también las “excelencias del juego portentoso de José

---

<sup>32</sup> Véanse, por ejemplo, las crónicas del partido Irún-Barcelona, en *La Jornada Deportiva*, 33 (1922), y la del encuentro Martineç-Barcelona en *id.*, 246 (1925).

<sup>33</sup> Véanse las semblanzas de los jugadores del Irún, el Barcelona o el Martineç en las referencias antes citadas. Las cualidades de fuerza física, agresividad —llevada hasta el extremo de militarizar el vocabulario de las crónicas deportivas—, virilidad o incluso su excelencia sexual, son tratadas en J. Uría, “Imágenes de masculinidad...” *opus cit.*

Samitier”, del Barcelona, en quien se concentraba “toda la ciencia, todo el arte y toda la técnica de su juego maravilloso” —hasta el punto de que no había “inteligencia capaz de describirlas con la pluma”—; o las virtudes del delantero centro del Madrid, Juanito Monjardín, ensalzadas hasta la saciedad desde la prensa madrileña. A principios de 1924, *Madrid-Sport*, a su vez, consideraba totalmente insustituibles en una selección nacional a Ricardo Zamora como portero, como defensa a Vallana, y como medios a Samitier y Meana. Para la línea delantera, aunque avanzaba sus preferencias por Piera y Alcántara —“el semidios catalán, [que] no necesita ponderación”— abría un concurso entre sus lectores para, a través de cupones recortables remitidos a la redacción, perfilarla definitivamente. Tras el recuento de los 989 votos remitidos, los resultados consagraban el crédito que merecían entre los lectores, en primer lugar, Piera, Zabala y Monjardín (con más de 950 votos cada uno), seguidos de Carmelo y Aguirrezabala (con 536 y 603 votos respectivamente). A estas alturas de los años veinte, de cualquier manera, datos como estos, al fin y al cabo significativos tan sólo del público deportivo madrileño, podían contrastarse con las preferencias mostradas desde muchos otros lugares de España. La relación de *ases* futbolísticos podía en estas condiciones ampliarse fácilmente, aunque había alineaciones que, desde estos años, pasarían a integrar la historia de las grandes gestas deportivas españolas como, sin duda, le sucedió a la que arrancararía el segundo puesto en la Olimpiada de Amberes; punto de partida de la tópica “furia española” futbolística, y de un ciclo de encendidas loas a las virtudes nacionalistas de la raza, algo maltrecha tras los ecos de un traumático fin de siglo que descabaloó lo poco que quedaba del prestigio español como potencia colonial en el escenario internacional<sup>34</sup>.

---

<sup>34</sup> La lista definitiva de seleccionados para el equipo olímpico, hecha pública en agosto de 1920, integraba a los siguientes deportistas: Porteros: Zamora (Barcelona) y Agustín Eizaguirre (Real Sociedad). Defensas: Arrate (Real Sociedad), Carrasco (R. Unión de Irún), Otero (R. Vigo Sporting) y Vallana (Arenas Club). Medios: Belauste y Sabino (Athlétic de Bilbao), Samitier y Sancho (Barcelona), Eguiazábal (R. Unión) y Artola (R. Sociedad). Delanteros: Pagaza (Arenas Club), Ramón González, Mongo Gil (Vigo Sporting), Joaquín Vázquez (Racing Ferrol), Félix Sesúmagá (Barcelona), Patricio Arabolaza (Real Unión, I.), Pichichi y Acedo (Athlétic de Bilbao) y Silverio (Real Sociedad); el dato en V. Martínez Calatrava, *Historia y Estadística del Fútbol Español. 1ª Parte. De los inicios a la Olimpiada de Amberes*, Barcelona, Autor, 2001, p. 318. Los calificativos de los jugadores a que le alude en el párrafo, en *La Jornada Deportiva*, 28 (1922), n° 7 especial (1922) y 205 (1923), y en *Madrid-Sport*, 291 (1922) y 304 (1922); la convocatoria de la votación para la delantera de la selección y su resultado, en *Madrid-Sport* 379 (1924) y 381 (1924).

*La Jornada Deportiva*, 23 (1922)

Una gran jugada de Ibars, el portero del "Español", que se mostró ayer, nuevamente, como el digno sustituto del "Internacional" Zamora..... (Fot. Gargal)

*La Jornada Deportiva*, 32 (1922)

Foto del encuentro entre los equipos del Durham y el Europa de Barcelona

A la difusión de las cualidades excepcionales de todos estos deportistas contribuyó activamente, el periodismo deportivo y, muy especialmente, los reportajes fotográficos; una posibilidad técnica que, a lo largo de los veinte, conocería abundantes novedades, y cuyo emblema acabaría siendo la mítica cámara Leica; un artefacto cuya ligereza, pequeño tamaño, bajo precio y versatilidad, facilitaba en gran medida el trabajo del fotógrafo. Cargada con película pequeña de 35 milímetros, lo que facilitaba su rápida reposición, permitía una movilidad inusitada del fotógrafo y su fácil desplazamiento a no importa qué lugar<sup>35</sup>. Las *instantáneas* con las que se sorprendía a los personajes y situaciones objeto de noticia tenía mucho que ver con este tipo nuevo de cámara, aunque también con la disminución del tamaño de las películas o los avances en las emulsiones, que facilitaban una menor exposición de los objetos, desarrollando una mayor capacidad para captarlos en movimiento.

<sup>35</sup> En las primeras décadas del siglo XX, se habían acumulado avances significativos en la tecnología fotográfica, y se facilitó el trabajo de reportaje gracias a cámaras más ligeras, pequeñas y versátiles, a la vez que progresaba la capacidad para captar el movimiento. Nuevos aparatos de considerable simplicidad, plegables gracias al fuelle, y que cabían en el bolsillo de una chaqueta, toman nuevo protagonismo en una prensa gráfica que en España cobra nuevos vuelos desde 1911 con el periodismo de *Blanco y Negro* y *Nuevo Mundo*. La firma Leitz, en 1913, consigue fabricar la primera Leica de paso universal (24x36), que se comercializará masivamente desde 1925. Véase sobre el particular Jean-Claude Lemagny y André Rouillé (dirs.), *Historia de la fotografía*, Barcelona, 1988, p. 80; P. López Mondéjar, *Historia de la fotografía en España*, Barcelona, 1997, p. 144-151.

*La Jornada Deportiva*, 23 (1922)



...que no obstante entraron valientemente a la defensa blanquiazul

Foto Gaspar

A consecuencia de todo ello la prensa deportiva empezó a poblarse de unas imágenes inusitadas, de calidad desconocida hasta entonces —aun cuando el periódico no siempre facilitase su buena reproducción—, y que se recreaban en una nueva estética de composiciones que captaban los instantes de máximo esfuerzo del deportista compitiendo por un balón, suspendidos en el aire a la búsqueda de un certero cabezazo, pugnando por el control del esférico en el césped, o empujándose con esfuerzo unos u otros para desplazar el contrario y hacerse con la jugada definitiva. La fotografía deportiva, de hecho, se estaba haciendo una profesión de la que sus titulares se sentían crecientemente conscientes y orgullosos, y algunos de ellos firmaban ya unos trabajos que serían pronto bien valorados, como en los casos de Bert o de Gaspar en *La Jornada Deportiva*.

La fotografía, en consecuencia, podía en estas condiciones convertirse en un poderoso aliado a la hora de difundir los rostros y las proezas de los héroes deportivos, aunque los registros para conseguir tales metas en absoluto quedaban limitados a esta técnica. La fotografía de la efigie del jugador, efectivamente, no constituía el único recurso para individualizar a los ases y hacerlos fácilmente reconocibles; se llegó incluso a reproducir, en vísperas del inicio, en 1922, del Campeonato de Cataluña, las firmas de cada uno de los capitanes de los equipos en liza. Pero lo más corriente era recurrir al formato periodístico del reportaje sobre tal o cual jugador o, más usualmente aún, al de la entrevista; lo que permitía presentar de una manera más ágil y desenvuelta las hazañas del deportista de que se tratase. La entrevista, además, permitía so pretexto

de la agilidad de una conversación distendida e informal, derivar hacia anécdotas de su vida cotidiana, los orígenes familiares o incluso hacia detalles íntimos del entrevistado, dado que todo ello facilitaba una mayor proximidad a la figura deportiva. No fue raro, en efecto, que alguna de estas *interviews* acabasen derivando hacia el terreno de las aventuras amorosas, como la realizada al jugador madrileño Mejía, o como le sucedería al jugador del Barcelona Vicente Piera, cuyos escarceos amorosos se contaban en un folleto con su biografía<sup>36</sup>.

*La Jornada Deportiva*, 86 (1922)



En el partido de ayer, revancha del jugado en Sabadell, dos jugadores se distinguieron notablemente. Piera, el artista del balón, y Cabedo, el zaguero sobrio y enérgico, que en esta jugada se le representa arrebatando la pelota a Piera y a Uinyals... (Foto, Gaspar)

Pero por más que fuesen eficaces estos mecanismos de acercamiento de la imagen del deportista a los sectores populares, no cabe duda de que, en no pequeña medida, tan importante como todo ello estaba siendo el hecho mismo de que los deportistas, finalmente, estaban dejando de ser, de un modo cada vez más claro, los viejos *sportsmen* aristocráticos, con todo el ocio del mundo para, apoyándose en su saneada

<sup>36</sup> Algunos otros jugadores, en cambio, preferían como Monjardín o como el asturiano Zabala zafarse de tales detalles, centrar su discurso en cautas observaciones deportivas y atajar al entrevistador a la primera de cambio, como hizo Zabala, con un tajante “No son de mi agrado las anécdotas”. Las firmas de los capitanes catalanes en *La Jornada Deportiva*, 67 (1922). Andrés J. Quemada, “Reportajes balompédicos (De un crítico ingenuo e indiscreto). Mejía”, en *Madrid Sport*, 414 (1924). Alfonso Castaño Prado, *Los ases del foot-ball. Vicente Piera. Su biografía - Su técnica - Sus opiniones - Anécdotas*, Barcelona, 1926. La entrevista a Monjardín y a Zabala en *Madrid Sport*, en los números 381 y 382 (1924) respectivamente

situación económica, dedicar el tiempo necesario para acumular en su poder los *records* más señalados en los ejercicios corporales. En su lugar surgía su antítesis; el deportista de extracción popular, practicante de las disciplinas deportivas tan sólo una vez por semana, en los domingos, o en los fugaces instantes robados a la jornada laboral, en las madrugadas que precedían al ingreso en el trabajo, o tras la conclusión de las labores al final del día. La condición para que ese tránsito se franquease de un modo expedito no podía ser sino la aceptación de la figura del profesional; esto es, alguien que, cobrando por el ejercicio deportivo y haciendo de él un verdadero oficio, podía dedicarse plenamente a ello sin dejar de percibir una remuneración necesaria.

El tránsito fue, desde luego, lento y no exento de sobresaltos, toda vez que las resistencias al profesionalismo iban a ser tenaces. Antes de la Gran Guerra, desde luego, ya habían estallado los primeros escándalos a propósito de este asunto; la formación de la Federación española de clubes, en 1909, pese a todas las disensiones que iban a jalonar su nacimiento —y que sólo comienzan a superarse tras la fundación, en 1913, de la Real Federación Española de Fútbol—, señalaba la creciente complejidad de la organización y el entramado de las competiciones futbolísticas en España. Antes de concluir la primera década de siglo, de hecho, el hábito de pagarse los jugadores sus propios desplazamientos, cargando sobre sus hombros con los palos de las porterías, había desaparecido de los grandes equipos. En la primavera de 1911, por otra parte, el reforzamiento del Athletic de Bilbao con jugadores ingleses, acabó desatando desórdenes de diverso tipo entre los equipos participantes en la fase final del Campeonato de España. En la temporada 1911-1912, en el Barcelona, los jugadores exigen a la directiva un porcentaje de la recaudación que es aceptado inicialmente, e incluso intentan concertar un partido a cambio de una subvención de 1500 Pts. que ofrece el equipo contrincante, el Valencia, que finalmente es rechazado tras la expulsión del equipo de los jugadores partidarios de la transacción. El Español, entre tanto, habían “conseguido” el ingreso en plantilla de tres jugadores británicos, aparentemente amateurs, para reforzar el equipo; y en La Coruña, por la misma época, salían a la luz las primeras disensiones en torno al profesionalismo, con secuelas de luchas internas y hasta la escisión de un nuevo “Deportivo” faccioso<sup>37</sup>.

En pleno período de la Gran Guerra, las prácticas del llamado “amateurismo marrón” estaban bien asentadas en equipos como el Barcelona, cuya política de

---

<sup>37</sup> V. Martínez Calatrava, *opus cit.*, 141-142, 156, 180

atracción de jugadores mediante jugosas fichas, por medio de primas o pago de dietas de diverso tipo, provocaba malestar entre clubes catalanes más modestos y menos capaces de competir en este terreno con un equipo tan poderoso, aunque arrastrasen la suficientemente incomodidad como para protagonizar, en 1915, disensiones y críticas hacia el club dentro de la propia Federación Catalana. En 1919, un jugador del Barcelona, Manuel Amechazurra, le exigía al presidente Hans Gamper un sueldo mensual de 300 pesetas, que le fue concedido, y se convirtió en precedente para que después otros jugadores como Irizar y Masana pidiesen y obtuviesen lo mismo. En realidad, en aquellos años, la práctica de efectuar todo tipo de pagos indirectos a los jugadores —no otra cosa era el “amateurismo marrón”— adoptaba modalidades muy conocidas ya por el público; desde abonar los jornales teóricamente perdidos por la práctica deportiva, pasando por el pago mediante dietas de los gastos de transporte y alojamiento, la “colocación” en tal o cual puesto de trabajo, o la satisfacción a los deportistas ganadores en este u otro encuentro de “regalos” como el que hizo, en 1917, el presidente del Racing de Madrid a sus jugadores: una moneda de oro de 25 francos por haber ganado al Madrid, campeón de España. Por otra parte, se afianzaba la práctica de los encuentros futbolísticos veraniegos, coincidiendo con ferias o fiestas, llevando los jugadores en gira su porcentaje de lo recaudado u obteniendo, incluso, una retribución fija por partido. En la prensa madrileña de los años de la Guerra, arreciaban los artículos contra el profesionalismo, en tono duro y desabrido, y en los que se solía criticar su arraigo entre los equipos catalanes o vascos, a la vez que se acusaba a sus practicantes de corromper el verdadero deporte. El tono de tales escritos, fáciles de rastrear entre 1917 y 1918, fue reiterado en años posteriores. En agosto de 1919, por ejemplo, *Madrid-Sport* abordaba el asunto en un editorial que llevaba el significativo título de “El profesionalismo, los inconsecuentes y la decencia”,

Amigo lector: Tú como yo, que amas el fútbol, que amas a un Club con todo el cariño de que eres capaz por tu educación deportiva y de la otra [...] escucha y oye.

En España aumenta de manera alarmante el profesionalismo vergonzoso. Ya no son aquellos tiempos en que los profesionales venían del extranjero y quedaba a salvo, hasta cierto punto, el decoro nacional: Hoy ya no hay decoro: pero hay y son muy buenas pesetas —se cuentan a miles— las que se brindan a los ases españoles para figurar en tal o cual equipo. No hay decoro, es verdad, y por tanto tampoco hay escrúpulo para deslumbrar a la afición con un equipo formidable que lleva patente sucia al Campeonato de España. Mas no importa. La afición no se percatará de ello. Si acaso dudará. A lo sumo creará que son uno o dos los profesionales. Lo interesante es alcanzar el premio honorífico que, de poseerlo, lavará todo pecado.

No hay duda. El campeonato de España, es únicamente para el Club que cuente con más dinero. [...].

Difícil resultará poner coto a este desmán. Siempre falta la prueba documental, la tan desprestigiada prueba documental. [...]

Los Clubs pudientes, envían a un emisario a la providencia A o B, o a diversas providencias. [...] Lo siguen y en el punto que estimen más conveniente le hablan, le ofrecen... el delirio. Lo demás ya puedes suponerlo. Y así nadie se informa. No hay temor a testigos ni miedo a investigaciones. Sigue faltando la prueba documental. [...] <sup>38</sup>. Se impone la decencia, amigo lector. Contribuye con tu pequeño esfuerzo a desterrar aquellos males, y ya verás cómo no tardará en resurgir una nueva era de fútbol digno y honrado, pues el profesionalismo y la inconsecuencia, no son más que producto de una educación degenerada.

El mensaje, por tanto, estaba claro; el amateurismo representaba la pureza desinteresada de los sanos e higiénicos partidarios del deporte. El profesionalismo era, en cambio, la plasmación de la degeneración mercantil de una actividad, la deportiva que, en su vertiente más espectacular, halagaba las bajas pasiones del público pervirtiendo sus honestos objetivos. Pero luchar contra el profesionalismo era —y las publicaciones deportivas lo iban a saber muy pronto— una tarea prácticamente imposible; el periodismo especializado aprendió así a distinguir sutilmente entre un fútbol amateur, generoso y desinteresado, y en el que se resumían las virtudes del verdadero deporte, y un deporte profesional al que no había que despreciar en sí mismo, dado que en rigor era, por así decirlo, otra cosa. De este modo, por la misma época y en idéntica publicación, se reconocía que “poco a poco se va extendiendo por España el profesionalismo” y que en “todas las regiones hay quien vive del fútbol”, para a renglón seguido criticar “la mezcla de verdaderos aficionados con los que van a su negocio” y defender la creación de “clubes de profesionales y Federaciones que los rijan, a la manera de Inglaterra”, estableciéndose diferencias entre los aficionados y los profesionales, entre las sociedades deportivas y las mercantiles”<sup>39</sup>. En lo esencial, las publicaciones deportivas catalanas —aunque con el tiempo menos virulenta e intensamente— parecían coincidir en estos puntos. El primero de los números de *La Jornada Deportiva*, en primera página, incluía a este respecto un artículo enérgico —“Por ahí no, señores”, se titulaba— en el que se preconizaba la separación estricta de los deportistas “sinceros”, de los otros, a quienes se reservaban calificativos nada gratos,

<sup>38</sup> El texto citado en *Madrid-Sport*, 152 (1919). Véase también, V. Martínez Calatrava, *ops. cit.*, 245. Félix Martialay, *Implantación del profesionalismo y nacimiento de la liga*, Madrid, 1996, p. 11-19.

<sup>39</sup> Los párrafos son del editorial “El pleito del fútbol”, *Madrid-Sport*, 155 (1919). Sobre poco más o menos era esa la tesis que se sostenía desde otro editorial posterior —“El profesionalismo y los deportes”— en *ibid. Ibid.*, 158 (1919).

a la vez que se daban los mismos argumentos que, repetidos aquí y allá, solían escrimirse a favor de las ventajas del profesionalismo. Para la publicación la finalidad del deporte:

[...] no es la de deleitar un público emotivo que busca, ignorando la verdadera misión del deporte y a veces la técnica del que presencian; un medio de dar expansión a sus reprimidos impulsos de actividad física, contemplando, el esfuerzo de los que actúan en la palestra y acompañándolo con sus denuestos, si no, la de crear una juventud sana, fuerte, ágil, dotada de un alto temple moral, [...].

El sport no es un fin, es un medio, tan sólo, de dar libre curso a las necesidades orgánicas que exigen la actividad física de nuestro cuerpo, para garantir su funcionamiento perfecto, y dar libre curso al instinto de combatividad, pero moderando, concretando el ejercicio de ambas necesidades dentro [de] un marco moral formado por el reglamento del juego, que quita violencia sin suprimir libertad, que evita la fatiga permitiendo el esfuerzo, en una palabra, que educa libremente, facilitando las iniciativas personales pero suprimiendo los excesos perjudiciales [...].

Basta ya de farsas, a un lado los sportsmen sinceros, los que deseen el progreso del deporte por el placer que la práctica del mismo proporciona, por el bien que trae a nuestra raza y al otro los especuladores, los holgazanes, los vanidosos, inútiles, que viven su vida estéril sobre la buena fe de los sportsmen o sobre la ignorancia de un público apasionado, que, asiste al foot-ball como a los toros, y que, como tal, no tiene derecho a dirigir, ni a desvirtuar nuestro deporte.

Reglamentación, corrección o sanción, bueno; profesionalismo, conversión del deporte en medio capaz de destrozar algo más el harto pobre edificio de nuestra raza, eso nunca. [...]

Esta es la manera de acabar con el amateurismo “marrón”, con el profesionalismo disimulado que fomentan los grandes clubs.

Porque el reconocimiento y cultivo del profesionalismo, sería un crimen para el deporte y para la raza”

Pero la publicación, pese a considerar el reconocimiento del profesionalismo, no tardó en admitir su propagación imparable y su necesaria separación del amateurismo.

Tan evidente es el profesionalismo que impera en los grandes Clubs españoles, que estimamos llegada la hora de hablar claramente del asunto.

Cuando hay un número elevadísimo de Jugadores, de todas las regiones, que cobran por cambiar los colores de su Jersey miles de pesetas; cuando hay varios Clubs en España que pagan a sus Jugadores enormes sumas, miles de pesetas al año; cuando los directivos de los Clubs españoles, aun de los más modestos, fomentan ignominiosa y descaradamente el afán del lucro en los Jugadores incipientes; cuando lejos de buscar en la práctica del deporte un medio de vigorizar el cuerpo y de educar a la multitud en el amor hacia la higiene física y hacia la belleza de la actividad corporal, los Clubs deportivos tienen por lema único de su actuación, la victoria a todo trance y la recaudación de crecidos estipendios. [...] Las federaciones regionales, y la nacional, que tales cosas consienten, dejan de cumplir su misión en el gobierno de los intereses deportivos y, con su pasividad culpable, consienten que el verdadero ideal deportivo corra grave peligro de malograrse. [...]

¿Que hay empresas y jugadores que desean practicar el fútbol como espectáculo lucrativo? Bien, más en este caso, que se separen de la federación de aficionados y que se organicen aparte en una Federación Profesional<sup>40</sup>.

Los argumentos, en realidad, no variaron en exceso en años sucesivos. Continuaron las denuncias periodísticas acerca del profesionalismo, las ironías acerca de los “acostumbrados turistas” que recorrían el territorio español para justificar luego su ingreso en tal o cual club o equipo, y se clamaba contra “la farsa futbolística” y la danza de traspasos que acompañaba los inicios de la temporada. De vez en cuando, además, las federaciones imponían algún castigo ejemplar en medio del consiguiente escándalo, aunque generalmente hiciesen la vista gorda y aflojasen su vigilancia cada vez más según como pasaba el tiempo<sup>41</sup>. La vigilancia sobre las prácticas profesionales se habían exacerbado, desde luego, en las fases previas a la Olimpiada de Amberes, en previsión de que cayese sobre los jugadores de la selección todo el rigor de una organización puntillosa en la pureza del amateurismo deportivo. Sea como fuere, y a despecho de la prolongación en años sucesivos del mismo clima de suspicacia frente al fenómeno, nada pudo impedir que poco tiempo después los acontecimientos precipitasen la admisión plena del profesionalismo. De hecho, la Asamblea de cierre de temporada, en junio de 1924, acabó autorizándolo, pese a que permaneció sin reglamentar todavía algún tiempo; y de hecho no fue sino hasta 1926 cuando procedía a ello la Asamblea anual de la Federación Española. Había precedido a esta decisión discusiones más o menos encendidas en las Asambleas federativas cuando se supo, por ejemplo, que el Arenas de Guecho había entregado a sus jugadores 2000 pesetas al embarcar para su gira americana, o la rebelión de algunos jugadores asturianos como la del entonces medio izquierda del Racing de Mieres, Sagi que, ya en 1921, había arremetido furiosamente contra una Federación Asturiana a cuyos miembros calificaba de “ridículos” y a quienes caracterizaba por sus prácticas *caciquiles*, cuando habían prohibido el ejercicio deportivo a unos cuantos jugadores que aquel año habían simplemente cambiado de equipo, y presumiblemente con el objeto de mejorar su situación económica<sup>42</sup>. En la temporada 1922-1923, sería el del formidable escándalo del “caso Zamora”, cuando el Español, ofrece al jugador 20.000 pesetas en metálico, 500 mensuales y otras tantas para sus padres, negándose el Barcelona al nuevo contrato

<sup>40</sup> “Por ahí no, señores”, *La Jornada Deportiva*, 1 (1921); “El profesionalismo del fútbol español”, *id.* 41 (1922).

<sup>41</sup> Véase *Madrid-Sport*, 134 (1919), *La Jornada Deportiva*, 43 (1922), y *Madrid-Sport*, 304 (1922).

<sup>42</sup> *Madrid-Sport*, 210 y 212 (1919). F. Martialay, *opus. cit.*, p. 21-36.

usando de su derecho de retención, y abriendo un pleito sonado que, jalonado por desacuerdos entre las Federaciones catalana y española, provocaría la inactividad en partidos de competición del guardameta durante casi toda la temporada. Su caso, con ser el más sonado, no era ni mucho menos el único. La prensa de 1922 resumía muy bien la situación en titulares tan destacados como los de *La Jornada Deportiva*, que exhibía a doble columna: “El caso Zamora, el caso Zabala, el caso Sesúmaga... Una serie completa de casos!”. La prensa madrileña, a su vez, tampoco perdía tiempo en señalar, en la Federación Guipuzcoana, el caso Vázquez, y en la Asturiana, otra vez, los casos de Bericua y Costales, antes del Racing de Mieres y trasladados después a equipos gijoneses. En la danza de traspasos, permisos y encuentros entre selecciones, el más pequeño indicio de ilegalidad servía para abrir pleitos y enfrentamientos como los que contaba el periódico a propósito de un partido entre la selección asturiana con otra vizcaína.

Toda la España futbolística es un caso, un verdadero caso. Un caso de urgencia clínica, por lo que se refiere al Comité Nacional: un caso de conciencia, por lo que atañe al profesionalismo encubierto; un caso Zamora, un caso Zabala, un caso Sesúmaga...

Porque en Asturias, no contentos con que se les quite el partido ganado a los vizcaínos, invocan ahora un nuevo caso; el caso Sesúmaga, tráfuga de Asturias a Vizcaya... [...] Zabala firmó a su tiempo la ficha para jugar con Asturias; tiene la baja del Real Unión, de Irún [...].

Sesúmaga se encuentra en otro caso que Zabala y jugó con la selección vizcaína el primer día; [...]

Vamos a dar por bueno que Zabala jugó antirreglamentariamente, por faltarle el permiso de la Federación Guipuzcoana para pasar a la Asturiana. A Sesúmaga le falta el permiso de la Asturiana para pasar a la Vizcaína. El primer día jugó Sesúmaga; y Zabala, no. La consecuencia, según los propios argumentos de la federación Vizcaína, es que Asturias ya quedó vencedora el primer día.

Pero esto es lo que, al parecer, no conviene, y se habla mucho del “caso” Zabala: pero se silencia el “caso” Sesúmaga”<sup>43</sup>.

### **La profesionalización de los héroes de multitudes.**

Incidentes como aquellos, en definitiva, preparaban el camino hacia lo inevitable, al hacer visible lo que nadie ignoraba: la existencia de un nuevo oficio de futbolista. Una profesión de la que, además, empezaban a saberse cifras y sueldos que no eran despreciables en sus escalones más altos. En equipos como el Valencia, al parecer, corriendo el año 1923, no había nadie que no cobrase menos de 500 o 600 pesetas, y el

<sup>43</sup> V. Martínez Calatrava, *opus. cit.*, Segunda parte, vol. I, p. 61-62 *Madrid-Sport*, 267 (1921); *La Jornada Deportiva*, 87 (1922).

cargo era compatible con el de entrenador de los equipos de pueblos inmediatos, donde podía sacarse otro tanto. Al año siguiente saltaba a la prensa el escándalo de una gira del Club Natación Alicante, de unos 14 partidos, y en la que los jugadores, dependiendo de quien se tratase o de la calidad del equipo contrincante, podían llegar a cobrar cantidades de 300, 600 y hasta 2000 pesetas. El Barcelona, a su vez, en 1925, de acuerdo con las informaciones publicadas en la revista *Sporting* de París, pagaba a Platko, Scarone y Samitier 1.500 mensuales, y a Alcántara 1.300; a Piera, Sagi Barba y Sancho, 1000; y a Planas, Walter, Arnáu, Torralba y Carulla, 800<sup>44</sup>.

Los sueldos, es verdad, rompieron definitivamente la ficticia fraternidad igualitaria entre los jugadores amateurs, establecieron diferencias salariales entre unos y otros, y abrieron nuevos dramas como el de los retiros a edad temprana, y el tránsito traumático de la gloria y el estatus prestigioso del futbolista, en plena posesión de sus facultades, hacia una madurez poblada de recuerdos melancólicos; tediosa, y no pocas veces amenazada por la miseria o el malvivir económico. Pero, sobre todo, y eso es lo que importa ahora, establecieron un vínculo mucho más firme entre unos jugadores cada vez más profesionales en su oficio y su complejo juego de representaciones, y un público que, en el contexto de una emergente sociedad de masas, tendía a ver en ellos el éxito del que frecuentemente carecían, la juventud de la que no siempre gozaban, o la plenitud física a la que sólo a veces se llegaba.

Los futbolistas estaban consiguiendo situarse en posiciones más próximas a los públicos populares dado que, una vez que podían hacer del juego deportivo una profesión y vivir de ella, podían escalar por fin, con mayor facilidad, los puestos en la celebridad que antes se reservaba tan sólo a quienes de más bienestar disponían y, en consecuencia, tenían mayores disponibilidades de ocio y de capacidad para transformarlo en horas de entrenamiento y perfección en el ejercicio del deporte. Los públicos populares, además, pese a que entre los jugadores continuaban contando los deportistas procedentes de las clases medias y altas, cada vez tenían más probabilidades de reconocer entre sus ídolos a gentes que les eran más próximas por su clase social, su nivel de instrucción o incluso sus ademanes y costumbres.

Ese nuevo vínculo entre el deportista y los públicos populares, se fortaleció constantemente por mecanismos diversos. Los deportistas, tal y como se ha adelantado, eran el espejo del éxito, de la exultación física y del valor, de la honestidad y la virilidad

---

<sup>44</sup> Los contenidos de la revista *Sporting*, en F. Martialay, *opus. cit.*, p. 89; el resto de las informaciones en *Madrid-Sport*, 260 (1923), 410, 411 y 415 (1924).

en el que gustaban mirarse como si fuesen ellas mismas las clases bajas; eran, de algún modo, todo lo que ellas mismas no conseguían ser a muchos niveles. Los futbolistas, que además estaban aprendiendo rápidamente a mercantilizar su imagen, a difundirla y a multiplicarla mediante medios técnicos cada vez más modernos y masivos, se entregaron a una propaganda de sí mismos hasta conseguir proyectar y multiplicar sus efigies o sus cuerpos como una representación positiva y cada vez más influyente en los valores y las pautas de conducta de las clases populares.

El éxito de bastantes futbolistas encaja en esta horma. Era evidente que mucha de la popularidad de los más conocidos y celebrados de los años veinte era el resultado, en primer lugar, de sus buenas cualidades físicas, su profesionalidad y su buen juego. Pero a la vez, y tampoco cabe duda de ello, se habían dado buena maña a la hora de publicitar sus hazañas, propagar sus reales o supuestas cualidades tanto en el terreno deportivo como en el personal, o incluso difundir una imagen peculiar que los hiciese fácilmente distinguibles en el conjunto de sus colegas.

Desde luego, la curiosidad por las figuras del deporte fue alimentada por dispositivos a los que en parte ya se ha aludido. Como se ha comprobado, el periodismo aprendió pronto no solo a mostrar visiones de conjunto de los encuentros futbolísticos, de las grandes acciones y movimientos de los equipos, o de las reflexiones sobre los tipos de juego, los “estilos” de tal o cual equipo o región, o las virtudes y defectos del fútbol y su público. A un nivel más corriente supo también explotar la curiosidad de los espectadores por los futbolistas, y en formatos mucho más próximos y directos como el de la entrevista; y hasta tal punto llegaba la popularidad de las noticias sobre los jugadores que alimentó también, como se ha recordado anteriormente, toda una serie de biografías en formato mínimo y reducido número de páginas; pero plenamente adaptadas a las apetencias y a las disponibilidades culturales del público popular. Buena parte de los futbolistas de mejor fama del período de entreguerras dispuso de su propia biografía, y la fama de algunos de ellos llegó incluso a alimentar la inspiración de la creación literaria más normativa y, hasta capturar la atención de las vanguardias.

En realidad, el fútbol en general, y no sólo los futbolistas, fue contemplado crecientemente como una realidad positiva y no pocas veces apasionante. Autores hubo como Wenceslao Fernández Flórez, que se extasiaban ante el carácter contemplativo del guardameta, apoyado sistemáticamente en los postes, y con tiempo para meditar sobre la pugna desarrollada en el campo de juego. Entre los miembros del grupo del 27, por otra parte, se encuentran autores como Gerardo Diego, que dedica versos al “Balón de

fútbol”; e incluso Gabriel Celaya firma una “Contraoda del poeta de la Real Sociedad”, su equipo favorito, para el que incluso compone, con sus recuerdos, una composición a la rivalidad de los encuentros “Real Sociedad-Real Unión de Irún”... Por supuesto, no faltan tampoco los versos vibrantes dedicados a este o aquel futbolista. Los de Eugeni D’Ors, por ejemplo, que dedica al futbolista del Badalona Nonell, muerto antes de la Guerra del 14, una sentida elegía. Los que brindó Alberti al guardameta del Barcelona, Platko, el “oso rubio de Hungría” contratado para hacer olvidar al equipo las proezas de su predecesor, Zamora, y que, en 1928, había continuado jugando ensangrentado un partido tras haber recibido una patada en la cabeza. Los de Miguel Hernández a Lolo, el guardameta muerto tras estrellarse contra el palo de la portería en plena parada de un balón, y al que compuso una hermosa “Elegía al guardameta”. O incluso los que con el tiempo acabó dedicándole Pedro Montón Puerto a Ricardo Zamora<sup>45</sup>.

Pero si este tipo de composiciones son capaces de informarnos de la atracción que ejercían los deportes en todas las capas sociales, y sus posibilidades para escalar puestos en respetabilidad y dignidad literaria, no hay duda de que desde un punto de vista de su impacto social, contaban mucho más otro tipo de publicaciones; las mismas a las que antes se aludía, y que se caracterizaban por sus bajos precios, la economía de sus formas literarias y la modestia de sus contenidos.

En los años veinte, por ejemplo, la editorial Globus publicaba en Barcelona, firmadas por Fontcuberta, toda una serie de biografías de futbolistas catalanes como Martínez Surroca o Francisco Platko, ambos del Barcelona; Manuel Cros, Pelaó y Pellicer del Europa; o Feliú y Oliveras, extremo izquierda y delantero centro del Sans<sup>46</sup>. Algunos otros autores como José Aguado *Ball*, estaban haciendo lo propio por la misma época con los jugadores asturianos, si bien optando por una obra conjunta sobre todos

<sup>45</sup> Julián García Candau, *Épica y lírica del fútbol*, Madrid, 1996, p. 62-63, 144, 215, 301-302, 141-143, 145-146, 132-134. Jesús Castañón Rodríguez, “El guardameta, tema literario”, artículo en línea en <http://WWW.idiomaydeporte.com/guardameta.htm>. En realidad la presencia del fútbol como tema de inspiración literaria corría parejo con la posición positiva que iban adoptando los intelectuales de los veinte frente al fenómeno deportivo en general. Si era posible encontrar opiniones muy críticas con respecto al fútbol, como por ejemplo las de Marcelino Domingo, antes citado, o las de Unamuno, que lo conceptuaba como una pasión embrutecedora similar a la de los toros, cada vez era más nutrido el grupo de escritores que veían positivamente las actividades deportivas como en el caso de Antonio Machado, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Francisco Ayala, Jardiel Poncela, Gómez de la Serna, Marañón, o José María de Cossío. Sobre este particular, véase Antonio Rivero Herraiz, *Deporte y Modernización. La actividad física como elemento de transformación social y cultural en España, 1910-1936*, Madrid, 2003, p.176-187. J. Castañón, por otra parte, ha trabajado estos asuntos en obras como *Creación literaria y fútbol*, Valladolid, 1991.

<sup>46</sup> Los folletos de Fontcuberta tenían generalmente 31 páginas, y firmó otros trabajos sobre futbolistas como la biografía de Antonio Estruch. La Editorial Globus se encargó, así mismo, de un folletito de similares características sobre Jack Greenwell.

los de mayor fama en ese momento. Evidentemente no faltaban de la relación los grandes ídolos futbolísticos; Zamora, por supuesto, que en los veinte ya tiene sus 60 páginas de biografía a cargo de Agustín López, o Vicente Piera cuyos apuntes biográficos en 30 páginas, obra de Alfonso Castaño, aparecen en una colección, la Biblioteca Deportiva, que había incluido ya las semblanzas de Scarone, Gironés, Uzcudún, Alcázar o Samitier. La colección “Ases del Fútbol”, a su vez, contaba en 1923 con cuatro folletos dedicados a Alcántara, Zamora, Samitier y Otero, y preparaba otros cuatro sobre Piera, Monjardín, Sancho y Belauste. La estructura del folleto dedicado a Piera en la Biblioteca Deportiva vale para ilustrar lo que se esperaba de este tipo de literatura; en esencia se trataba de repasar su biografía, desde su infancia hasta su iniciación en el fútbol, así como sus grandes triunfos en el plano nacional e internacional; se revisaba luego su técnica futbolística, dando su opinión sobre las últimas modificaciones del reglamento, o las modalidades preferibles de entrenamiento y formación física. No faltaba tampoco el capítulo de las anécdotas, incluidas las amorosas; y finalmente, y el detalle no es adjetivo, siguiendo una norma de la colección, se repartía una “postal firmada del jugador o púgil en cada librito”<sup>47</sup>.

Las fotografías o grabados, efectivamente, eran uno de los modos más repetidos de difundir la popularidad de los futbolistas. Solían aparecer en la portada de los folletitos que ahora se comentan, bien visibles y fotografiados en atuendo deportivo; las postales, por otra parte, hacían lo mismo aunque quintaesenciando la información en un registro únicamente visual que renunciaba a la información escrita adicional; y parecidas cosas podrían decirse de los cromos de colección, cuya distribución se hizo prolija en áreas como la catalana y en el período que ahora se está considerando.

Las colecciones de cromos eran distribuidas entonces, sobre todo, por algunas marcas de chocolate, y retrataban en su formato mínimo fotos de grupo con toda la plantilla, aunque también vistas del campo de Les Corts, o alguna instantánea de ciertos encuentros de particular gloria, bien fuesen de la liga nacional o de encuentros internacionales. Pero lo que aparecía en los cromos ante todo, eran futbolistas en fotos en blanco y negro o coloreadas, bien fuese en busto o de cuerpo entero, con los colores del equipo bien visibles en la camiseta. En algún caso, como el del cromo que reproducía en una misma estampa a dos de las mayores glorias Barcelona, Alcántara y

---

<sup>47</sup> José Manuel Aguado “Ball”, *Confidencias: historias y perfiles de los “ases” del football asturiano*, Gijón, 1923; Agustín López, *Ricardo Zamora*, Madrid, 1923; Alfonso Castaño Prado, *Vicente Piera*, Barcelona, 1926.

Zamora, las caras de los futbolistas, emulando las viejas iconografías antes reservadas a los santos, aparecían en sendos tondos, a ambos lados de un trofeo, y rodeados de una marcación de laureles de triunfo. Los cromos de estos años volvieron conocidas y más próximas, sin duda, las figuras de futbolistas como Piera, Martínez Surroca, Sagi-Barba, Platko, Samitier, Sancho, Planas, Carulla, Alcántara, y tantos otros...<sup>48</sup>

Aunque siempre habrá quién discuta sobre los futbolistas más afamados a principios de la década de los veinte, algunos de ellos, sin duda ninguna, sobresalían varios palmos entre el conjunto de los deportistas. Y no faltaban en Madrid, por ejemplo, ídolos de multitudes aclamados una y otra vez como Monjardín; ni casos como el de los jugadores Pichichi o Sesúmagá, en Bilbao, líderes de un equipo que, tras una momentánea crisis, resurgiría desde los años de la Gran Guerra. Incluso había jugadores de equipos más modestos, como el Sporting de Gijón, que contaban con jugadores de sólida fama nacional como Meana. Pero en honor a la verdad quizás haya sido en Cataluña, donde el fútbol tenía no sólo un alto nivel sino también una extensión local y un número de socios y espectadores muy estimable, donde mayor complejidad estaba adquiriendo la figura del futbolista en tanto que emblema y líder de multitudes.

Varios eran los futbolistas que podían destacarse en este sentido en Cataluña. Samitier, por ejemplo, un profesional que, a punto de iniciarse los años veinte y con 17 años, había ingresado en el Barcelona, al parecer, a cambio de un traje con chaleco y un reloj, y que había sabido prolongar su actividad profesional después de acabarse su vida activa como deportista, en los años treinta, como entrenador. No sólo el público, sino también técnicos futbolísticos como Manuel Castro, responsable del Comité de Selección del equipo nacional español, veían con admiración su juego. El jugador, por otra parte, había ingresado en el Olimpo de los futbolistas que tenían su propia biografía en folleto –vendido a unos asequibles 65 céntimos— y en cuya portada se resaltaban las cualidades del “gran medio nacional”, al que se definía en una llamativa leyenda que se destacaba a renglón seguido del título como “El mago de la Pelota”. Por lo demás también él, como otros, sabía sacar buen partido de las entrevistas, defendiendo con calor a su equipo, dando la razón a su afición, e incluso agitando en su favor el desprecio con el que se trataba su origen regional o nacional:

---

<sup>48</sup> La información se extrae de la página del portal de subastas electrónicas Todocolección, en <http://www.todocolección.net> [con acceso el 19-01-2009]

El público de Gijón nos trató mal, insultándonos a mansalva; una vez, en que pedía a Jack una botella –se la pedí en catalán– el público me llenó de insultos, diciéndome que hablara en cristiano, y otras lindezas que se acostumbra por allá, en estos casos, según se ve. No creo tenga nada que ver el deporte con este caso concreto, ni qué necesidad tienen los asturianos, en una semifinal de un campeonato de España de fútbol, de involucrar a cuestiones tan distintas, como si en vez de debatirse una cuestión de superioridad atlética o de habilidad en el campo del Molinón se debatiera una cuestión política<sup>49</sup>.

Pero si se habla de jugadores de verdadero éxito en la Cataluña de Principios de los veinte, quizás debiéramos de detenernos en figuras cuya posición en el equipo –independientemente de sus cualidades y valía personal– les otorgaba una mayor brillantez y protagonismo. Se trataba de casos como el de Alcántara, el capitán del Barcelona, y el de Zamora, el portero acerca de cuyo extraordinario papel y mérito todo el mundo parecía estar de acuerdo. El protocolo con el que se les recibía en triunfo, con la obligada recepción de masas en la estación del ferrocarril, y la posterior procesión cívica hacia la sede social del equipo o el balcón del ayuntamiento, traslucía muy bien esta preeminencia:

No quiero cerrar esta crónica sin hacer mención del grandioso recibimiento que se dispensó a los inmensos Alcántara y Zamora: miles de personas se apiñaban frente a la estación de la plaza de Cataluña y cuando aparecieron, una atronadora y prolongada salva de aplausos fue el saludo con que les recibieron todos los aficionados, que les acompañaron en manifestación deportiva al local social del Barcelona, lanzando continuos hurras<sup>50</sup>.

No había duda, en efecto, de que Alcántara era toda una figura del deporte; bajo una frágil apariencia su estilo potente se iba a hacer pronto famoso, y más cuando, en 1922, al chutar contra la portería contraria en un encuentro España-Francia, perforó limpiamente la red; el futbolista sigue siendo, además, el máximo goleador de la historia del Barcelona, con 357 goles en 357 partidos. El futbolista tenía a su favor no solamente la literatura de folletos que ensalzaba su fama; él mismo había participado activamente en ella escribiendo unas memorias en 1924, y formando aún parte de la plantilla en activo del Barcelona. Los folletos, como en el caso del que salió en la colección *Los “Ases” del Fútbol*, prometían “con profusión de fotografías”, un recorrido por “Su historia deportiva. Sus Glorias y triunfos. Su arte y su técnica futbolística. El secreto de

---

<sup>49</sup> *La Jornada Deportiva*, 25 (1922); el texto citado, en el mismo diario en el nº 7 especial (1922). La portada del folleto sobre *Samitier. El mago de la pelota*, obra de I. C., se describe en el número 65 (1922) de *La Jornada Deportiva*

<sup>50</sup> *Madrid-Sport*, 264 (1921)

su shoot maravilloso. Cómo se entrena Paulino. [y] El match España-Bélgica”<sup>51</sup>. Alcántara fue objeto de entrevistas en las que hacía gala de unos conocimientos de técnica futbolística bastante precisos, y en las que exhibía precisión terminológica y conocimientos tácticos. Aparecía descrito frecuentemente en los titulares de prensa en términos diritirámicos como, por ejemplo, “el «As» de los shootadores españoles”, y se le definía como “el más peligroso shootador de los equipos nacionales”, dueño de una “enérgica actitud” plasmada en “la técnica admirable de sus tiros maravillosos y la fuerza que imprime a sus formidables balonazos”, o destacándose las cualidades de sus disparos a puerta en primeras planas, acompañadas de fotografías espectaculares como la que acompaña este texto<sup>52</sup>.



*La Jornada Deportiva*, 10 [especial] (1922)



Fuente: *Sports. Revista Semanal Ilustrada*, 3 (1923). Biblioteca de l'Esport de la Generalitat de Catalunya.

Su estampa menuda y casi quebradiza se hizo, en definitiva, popular, y su efigie accedía fácilmente a los registros populares mediante los rasgos sintéticos y rápidos de las caricaturas.

El jugador, además, supo manejar su imagen con habilidad. En unos momentos en los que la indumentaria no diferenciaba con claridad quién era quién en el conjunto del equipo, en el Barcelona era fácil, sin embargo, destacar en las fotos de grupo las

<sup>51</sup> Información sobre el folleto sobre Alcántara, en una colección que anunciaba nuevas entregas sobre Zamora “el inimitable guardameta”, Samitier “el mago de la pelota”, Sancho, René Petit, Arrate, Pichichi “y otros” en *La Jornada Deportiva*, 4 (1921). Una biografía sucinta del futbolista en la Web oficial del Barcelona, en : <http://www.fcbarcelona.cat/web/castellano/index.html> [con acceso el 19-01-2009]

<sup>52</sup> Vid., *La Jornada Deportiva*, 2 (1921) y 10 Especial (1922).

imágenes del portero, Zamora, y del capitán Alcántara. En este último caso la identificación era inmediata gracias al subterfugio de recurrir el futbolista a una indumentaria en la que, sobre el fondo oscuro del pantalón y la camiseta del equipo, destacaba siempre la blancura de un gigantesco pañuelo colgado a la cintura, y del que raramente se desprendía no sólo en las fotos de grupo de rigor, sino también en el ejercicio del balompié tal y como puede verse en el documento fotográfico adjunto. El procedimiento no era, desde luego, desconocido por otros jugadores; Pichichi, por ejemplo, estaba consiguiendo algo parecido en el Bilbao gracias a su costumbre de tocarse la cabeza con un pañuelo recogido con cuatro nudos en sus extremos. La eficacia del gesto, ciertamente, quedó automáticamente limitada por el hecho de que tuvo imitadores; de hecho, en 1923, por lo menos, el medio-centro del Valencia, Marín, se hacía retratar en la prensa con parecida indumentaria. Pero independientemente de ello, no hay duda de que el mecanismo funcionó bien a la hora de identificar visualmente dentro del conjunto barcelonés a uno de sus dos más característicos jugadores; hay que volver a recordar que Zamora y Alcántara, de hecho, aparecían destacados como tandem inseparable, tal y como ya se ha visto, no sólo en los titulares de prensa, sino en fotos y hasta en las iconografías populares de los cromos<sup>53</sup>.

No era un secreto que Alcántara, por lo demás, se hallaba involucrado en los engranajes del profesionalismo. En 1925, como se ha dicho ya en su lugar, se sabía que su salario se situaba en las 1.300 pesetas. Su compromiso en este particular era, sin embargo, sustancialmente distinto al de otros de sus colegas. En 1924, tres años antes de concluir su vida deportiva activa, y contando con 28 años de edad, el futbolista tenía ya perfectamente prevista su vida profesional futura de acuerdo que no siempre podía seguir un futbolista profesional de extracción humilde.

---

<sup>53</sup> La foto de Marín, del Valencia, en *La Jornada Deportiva*, 194 (1923).



Uno de los tres goals de Alcántara, conseguidos con el estilo inimitable que le ha consagrado como formidable shootador.

*La Jornada Deportiva*, 17 (1922).



Paulino Alcántara. Cromo. Tomado de: <http://www.todocolección.net> [con acceso el 19-01-2009]

En diciembre de ese año, efectivamente, *La Jornada Deportiva* intentaba terciar en la polémica abierta al hacerse públicas en la prensa unas cartas de Alcántara por las que se evidenciaban las diferencias que el jugador sostenía con la dirección del Barcelona, y en las que se ponía en cuestión la figura de Gamper, factotum de su directiva, anunciando su abandono del club. Independientemente de la posición de la revista, pro-barcelonista, y que reprochaba al jugador haber postergado su amor por el Barcelona traicionando la “ley fundamental del amor, la profunda unión, el abrazo indisoluble” con el equipo de sus amores, lo interesante era comprobar que Alcántara, tenía en realidad bien prevista su salida del club, y cubiertas sus espaldas. Aunque posteriormente las aguas volvieran a su cauce, y Alcántara tardase unos pocos años más en abandonar la competición, lo cierto era que quizá fuese de los pocos que podía permitirse aquellos desplantes, e incluso renunciar definitivamente a la minuta mensual que le libraba el Barcelona<sup>54</sup>.

En febrero de aquel mismo año, en efecto, otro periódico deportivo, *Sports*, recordaba a los barceloneses que Alcántara era licenciado en medicina y que —como le sucedía a los viejos *amateurs*— su trayectoria demostraba que

[...] el delantero más científico de España practica otra ciencia que no aprendió sobre los alegres campos de juego, sino en largas horas de estudio sobre los abstractos textos

<sup>54</sup> *La Jornada Deportiva*, 239 (1924)

universitarios, demostrando a los últimos incrédulos, ¡aún los hay!, la posibilidad de hermanar el cultivo físico del cuerpo, con los más altos menesteres científicos<sup>55</sup>.

El reportaje, finalmente, mostraba una imagen de Paulino Alcántara muy distinta de la habitual en los medios de comunicación, en una efigie fotográfica vestido de corbata y bata blanca de trabajo, o arrimado a las blancas paredes de su clínica y al lado de higiénicos instrumentos y frascos con material de farmacia. Por si hubiera alguna duda, a la pregunta del entrevistador acerca de si pensaba ya en retirarse, el futbolista anunciaba su intención de hacerlo pronto, tal vez en la próxima temporada, relegando el fútbol activo por su vida familiar u “otros deberes más importantes”<sup>56</sup>.

### **El divino Ricardo Zamora. La madurez en la mercantilización de la imagen del futbolista**

Pese a aparecer frecuentemente asociada la figura de Alcántara a la de Zamora, la biografía de este último era diferente en varios sentidos. Desde que había estallado el “caso Zamora”, el futbolista se había convertido en la señal más visible del profesionalismo, y en el abogado más claro de la profesionalización del deporte. Zamora que, al parecer, iba también para médico, de todos modos había comprendido a la perfección, hacía tiempo, las implicaciones que tenía el hacer un oficio de la actividad deportiva, y las posibilidades que abría para la inserción en el mundo futbolístico de los jugadores de extracción popular. En una entrevista realizada por Jacinto Miquelarena, en plena fase de reglamentación del profesionalismo, Zamora, a la pregunta de qué opinaba del asunto, y hecha además al jugador que quizás había contribuido más a plantear claramente su existencia, había respondido:

¿Que qué opino del profesionalismo? Hombre, bromas, no. Yo trabajo honradamente; doy todo lo que sé y todo lo que tengo y no me ocupo de lo demás... Cada uno en su casa y Dios en la de todos... No es cuestión de si los futbolistas deben o no cobrar; cobrarán siempre los que puedan cobrar y no tengan una posición que les permita

<sup>55</sup> *Sports. Revista Semanal Ilustrada*, 19 (1924). Tiempo después, y cuando ya estaba próxima su retirada, *L'Esport Catalá* (60 [1926]) abrió su primera página homenajeando al jugador con un artículo en el que, esta vez sin ninguna reserva, se elogiaban “els seus mèrits i la seva válua esportiva” que, además, coincidían en quien había jugado “defensant sempre els colors del mateix Club”.

<sup>56</sup> Alcántara siempre había simultaneado su papel como futbolista con los estudios, y sus exámenes habían sido a menudo motivo de quebranto y preocupación para los seleccionadores nacionales, que veían cómo las concentraciones o entrenamientos eran interrumpidas a menudo por los ejercicios escolares del jugador, que incluso forzaron a los organizadores de la Selección a promulgar órdenes y reglamentos especiales para aflojar la rigidez de la normativa vigente para estos casos, según se cuenta en J. F. Aguirre, *Ricardo Zamora*, Barcelona, 1958, p. 26-29.

dedicarse al “sport” por lujo. Un ejemplo: conducir un automóvil es un placer, indudablemente, y un “sport”. Pues bien, el que tiene dinero no cobra por ir a un volante y, además, le cuesta un pequeño capital ese deleite; y el que no tiene dinero cobra por llevar un coche; haciendo lo mismo, aquel se llama “sportsman” y éste, “chauffeur”... Yo soy menos “chauffeur” de lo que se cree y más “sportsman” que muchos... A mi me da lo mismo que se reglamente o no el profesionalismo<sup>57</sup>.

*La Jornada Deportiva, 27 (1922)*



Este y otros aspectos, ciertamente, pueden seguirse muy bien en el caso de este jugador de fútbol, quizás de los más conocidos y afamados de la historia del fútbol español y del que, en consecuencia, existe una masa de información importante bajo la forma de biografías, libros, folletos y, desde luego, acudiendo a las fuentes de la época; y en particular, a unos periódicos que no escatimaban imágenes fotográficas o titulares de prensa a propósito de sus proezas. De esa información aquí solamente interesa, sin embargo, entresacar algunos extremos.

Importa destacar, en primer lugar, el hecho indudable de la enorme popularidad del futbolista iniciados ya los años veinte. Independientemente de los recibimientos triunfales que recibía la plantilla del Barcelona en conjunto, o de los que se podían propinar, tal y como se ha visto, a grupos más reducidos algunos de jugadores destacados del equipo —como al tandem Alcántara-Zamora— no hay duda alguna de que este último tenía poder de convocatoria suficiente como para concitar en torno suyo el calor de las multitudes. En 1923, por ejemplo, a su llegada para jugar en Alcira contra el Valencia, la expectación desatada a su paso era considerable.

<sup>57</sup> La entrevista es citada por F. Martialay, *ops. cit.*, p. 118.

*La Jornada Deportiva*, 35 (1922)



Todas cuantas ponderaciones hagamos del gentío que en todas las estaciones de la línea esperaban el paso de Zamora, son pálidas ante la realidad.

El as de ases, el jugador por excelencia, era esperado y saludado por miles de personas que no cesaban de aclamarle. La llegada a Alcira, fue una verdadera manifestación. No ya chiquillos, sino mujeres, hombres, en fin, le rodearon, procurando estrechar su mano, en fin, qué se yo, la de cosas.

Todo esto que a nosotros contrarios a esta clase de manifestaciones, casi nos movió a risa, fue comprendido luego, cuando al terminar el [en]cuentro, si no hubiera sido por el “qué dirán” [nos] habríamos lanzado al campo, a fin de abrazar al gran Ricardo<sup>58</sup>.

La prensa catalana de los inicios de los veinte, en realidad, vivía un idilio con la imagen de un Zamora en quien se ensalzaban sus cualidades, y a quien, gracias a la fotografía, se le destacaba en sus más espectaculares paradas de riesgo y sus más vistosas acrobacias. Los elogios a las “estupendas paradas”, a la “calidad excelsa” de su juego, o a la “audacia” mostrada ante este o aquel “enorme «plungeon»” se repiten por doquier en la prensa del momento, y no vale la pena desarrollarlas más extensamente aquí<sup>59</sup>.

<sup>58</sup> *La Jornada Deportiva*, 187 (1923).

<sup>59</sup> Como simple botón de muestra podrían añadirse aquí las frases con las que, a renglón seguido, se prolongaba el texto que anteriormente se citaba a propósito de Zamora en Alcira, y que añadía: “¿Qué vamos a decir de su actuación? ¿Qué calificativos encomiásticos pondríamos para atestiguar su valer?”

*La Jornada Deportiva*, 241 (1924)



*Una de las clásicas solidas del nacional Ricardo Zamora que es, por sí solo, todo un tratado del arte difícil de protegerse un guardameta. Mientras que el puño derecho aprta el peligroso balón, la rodilla puesta de lado para no lastimar al adversario oparte, justo con la mano izquierda, el delantero impetuoso, Carmelo en este caso, busca el balón en lo alto.*

Y que Zamora tenía cualidades deportivas, ciertamente, no es cosa para poner en duda. Pero lo que interesa en este momento no es tanto subrayar sus evidentes dotes cuanto insistir en los mecanismos mediante los que el futbolista las subrayaba, sobre todo, para que su figura sobresaliese y se hiciese visible dentro de unos medios de comunicación cuyo papel era cada vez más destacado en el contexto de una emergente sociedad de masas. En un momento en el que aún no era costumbre el uso de dorsales numerados en las camisetas de los jugadores, el que alguien se destacase visiblemente por encima del conjunto del equipo tenía dificultades; el escollo fue solventado a veces de manera imaginativa y Alcántara, entre otros jugadores, lo había conseguido a su modo con mecanismos como el de su conocido pañuelo flameante prendido a la cintura.

Zamora usó no uno, sino varios recursos en este sentido, enriqueciendo y densificando los significados de su carga icónica como deportista. Algunas de las fotografías de la época son particularmente elocuentes a la hora de mostrar esos recursos; las fotos en compañía de otros ases del Barcelona, por ejemplo, lo muestran en un atuendo que lo hace visible inmediatamente. En la que se adjunta en este texto, por

---

Ninguno, no cabe nada. Únicamente diremos que nosotros que hemos visto jugar muchas veces al “maestro” no le hemos visto nunca como ayer y que no cabe en nuestra imaginación una idea de mayor perfección en las jugadas ni más elegante realización ni más valentía... en fin, creo que Zamora superó a Zamora”.

ejemplo, si se puede identificar al primer golpe de vista a Alcántara, no hay duda de que Zamora lo consigue también mediante el uso de un llamativo jersey tricotado en Blanco.

*La Jornada Deportiva*, nº 309 (1922)



Samitier, Zamora y Alcántara, los tres representantes de Cataluña y del F. C. Barcelona en el equipo nacional

No se trataba de un hallazgo casual. La espectacularidad de los diseños de sus jerseys, destacándose por encima de la monotonía del atuendo deportivo de los demás jugadores, rigurosamente uniformados, pasó a convertirse en una de las señales más características del “divino” Zamora, y no le abandonó en adelante en toda su vida deportiva<sup>60</sup>. Algunos autores, de hecho, han subrayado la capacidad del portero para, con sus peculiares modos en el vestir, popularizar determinados estilos en este terreno. Los porteros de fútbol en general habían sido vistos “como modelos para el modo de vestir denominado de «sport»”, y Zamora mismo como “creador de moda” con el uso de dos tipos de jerséis; el denominado de escapulario y el de cuello vuelto también denominado de cisne”<sup>61</sup>. En realidad la elección de atuendo, como en general la de toda la moda masculina de los años veinte, resultaba menos gratuita de lo que pudiera parecer a simple vista, y el jugador con sus llamativos atuendos, resultó ser finalmente

<sup>60</sup> Se ha argumentado que el atuendo de los porteros futbolísticos tiene ciertas particularidades debido al hecho de que, mientras que el resto de los jugadores se mantienen en constante ejercicio involucrados en las vicisitudes del juego, el portero pasa largo tiempo en inactividad vigilando de cerca la defensa de la portería. Véase sobre el particular Desmond Morris, *El Deporte Rey*, Barcelona, 1982, p. 149. En cualquiera de los casos Zamora fue muy consciente del juego que podía dar un atuendo deportivo. Años más tarde, retirado del fútbol, conservaba sus ropas de mayor originalidad confesando: “Con ellas se recortó mi silueta bajo todos los marcos y en todas las latitudes. Ellas me dieron personalidad, me hicieron lo que soy”, *vid.* J. F. Aguirre, *opus cit.*, p. 10.

<sup>61</sup> J. García Candau, *ops. cit.*, p. 134.

todo un símbolo de los nuevos valores que presidían una masculinidad redefinida significativamente en los años sesenta.

Los cortes de pelo y los tocados de Zamora, en este sentido, marcaban una evidente ruptura generacional con lo que habían sido norma en generaciones anteriores. Frente al corte de pelo en melena, propio del varón hirsuto, adulto y cuajado, y frecuentemente con barba bien visible, el joven de los años veinte presentaba otro aspecto haciendo aflorar, en realidad, otros valores y otros programas de masculinidad. Se trataba, como se ha dicho alguna vez, de un varón amenazado en su estatus desde principios de siglo —y sobre todo desde la Gran Guerra— tras el ascenso gradual de las mujeres al espacio laboral, o su reconocimiento paulatino en el campo de los derechos civiles y políticos. La virilidad, en este contexto, se había redefinido drásticamente, renunciando a los emblemas más visibles y obvios de la masculinidad normativa y de la edad —el hirsutismo, por ejemplo, no era propio de los jóvenes—, y proponiendo un programa visual sólo aparentemente andrógino, en principio —el varón rigurosamente afeitado, por ejemplo— pero que cultivaba a la vez la imagen de violencia musculada, de vigor físico y testosterona. El deportista de los veinte representaba muy bien esa imagen masculina, de anchas espaldas y musculación, de juventud y plenitud productiva, de pelo corto cómodo para el ejercicio en la palestra, y para la comodidad de la ducha y el gimnasio... A su modo, el corte de pelo de Zamora representaba bien todo eso, con su poda rigurosa en la base del cuello, y su penacho y flequillo cayendo por la frente, y recordando a los varones de más años los estragos de la alopecia<sup>62</sup>. El guardameta combinó este aire capilar con otros; con el del pelo humedecido con fijador o gomina, y echado hacia atrás, por ejemplo; y muy pronto, con el aire peculiar que le daba una gorra que, en un momento en el que las arquitecturas de los estadios aún no remontaban a mucha altura, servía para proteger la vista del sol gracias a su visera, a la vez que podía usarse, debido a su rigidez, como parapeto con el que proteger la cara de posibles lesiones<sup>63</sup>. Zamora permaneció fiel a esta última costumbre pese a que con el tiempo este recurso se hizo menos necesario, en parte por la altura cada vez mayor de unas tribunas con cada vez mayor envergadura... Con los años, de este modo, la gorra

---

<sup>62</sup> Una visión histórica de los nuevos ideales de la masculinidad en los veinte, así como de su contexto social y cultural, en George L. Mosse, *L'Image de l'homme. L'invention de la virilité moderne*, París, 1997, p. 83-180. Es conocida, por lo demás, la aversión de Mussolini a mostrar su calvicie. Sin problemas para exhibir su torso desnudo, como se ha visto, tenía sin embargo cuidado para hacerse retratar con casco de acero y de perfil, para insistir en su mandíbulo varonil y ocultar su alopecia. *Vid.* E. R. Tannenbaum, *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, 1972, p. 90.

<sup>63</sup> J. F. Aguirre, *opus cit.*, p. 18.

llegó a calarse sin que la visera volase sobre los ojos y en un momento, es cierto, en el que la cobertura capilar del futbolista no parecía tan exultante como antaño.

*La Jornada Deportiva*, 79 (1922)

Ricardo Zamora. Foto sin datar, en <http://www.madridismo.com/zamora.htm> [con acceso el 3-11-2008]



Foto Gaspa  
La significativa sonrisa de Ricardo Zamora, en uno de sus días de triunfo.



Lo peculiar del atuendo y del aspecto que ofrecía un jugador tan singularizado, facilitó en gran medida la simplificación icónica de uno de los procedimientos tradicionalmente más populares en cuanto a la difusión y multiplicación de imágenes de las celebridades populares: la caricatura; y cuya capacidad para llegar directamente e impactar en los públicos populares hace tiempo que ha sido puesta de relieve<sup>64</sup>.

Es así como puede comprobarse la economía de medios, pero a la vez la eficacia de caricaturas como las que aparecieron en el folleto sobre el futbolista aparecido a principios de los veinte, dentro de la colección *Los Ases del Fútbol*, y en el que, en el estilo habitual de las publicaciones de este tenor, se prometían detalles *psicológicos* de su persona, e incluso de sus procedimientos de técnica futbolística o de entrenamiento. Las caricaturas, por otra parte, y siempre explotando la facilidad para esquematizar los rasgos del futbolista, recreaban su capacidad para examinar serenamente el juego, su agilidad, la fortaleza de sus cualidades físicas a la hora de responder con un “soberbio

<sup>64</sup> Algunos especialistas en Historia del Arte, y no precisamente en técnica periodística, hace tiempo que percibieron la importancia social de del dibujo satírico; es el caso de Ernst Gombrich (*Meditaciones sobre un caballo de juguete*, Barcelona, 1968, p. 177) quien subrayaba que sus autores tenían “más probabilidades de impresionar en una campaña de odio que el orador de masas y el periodista”, por mediocres que fuesen sus dibujos.

«punch» a las amenazas de los contrarios o, en fin, la originalidad de algunas de sus soluciones técnicas, como la llamada “Zamorana”; un tipo de despeje de la pelota con el antebrazo que, aunque al parecer no era invención suya, fue poco usado por sus colegas después de su retirada del deporte activo debido a su dificultad de ejecución.

Ricardo Zamora. Fotografía de la Web de aficionados del Atco. De Madrid.  
[http://www.colchonero.com/ricardo\\_zamora-fotos\\_del\\_atletico\\_de\\_madrid-igfpo-96084.htm](http://www.colchonero.com/ricardo_zamora-fotos_del_atletico_de_madrid-igfpo-96084.htm) [  
con acceso el 24-10-2007]



El incremento en celebridad que le proporcionaban al futbolista recursos como estos, o los que le añadía la literatura de folletos o el torrente de crónicas deportivas en las que, invariablemente, aparecía descrito como un fenómeno deportivo capaz de todo tipo de proezas, acabaron por configurar un capital en popularidad que el jugador supo explotar convenientemente, a la vez que incrementar con recursos cada vez más imaginativos. Muy pronto, por ejemplo, fue visible en reproducciones fotográficas en la prensa la recomendación autografiada, con la propia firma de Zamora, que advertía: “Sólo uso camisetas «Flotats»”; marca catalana del textil que, por cierto, se había dado maña para conseguir recomendaciones similares de otros jugadores como Samitier<sup>65</sup>.

Zamora, por otra parte, en el contexto de los progresivos avances que registraba su carrera profesional y la mercantilización de su figura, supo llegar a un nivel simbólico escasamente parangonable con otras figuras futbolísticas del momento. No sólo había conseguido hacerse un lugar de originalidad en cuanto a la fácil identificación de su efigie en las fotografías de plantilla o en las barahúndas de las concentraciones de jugadores o de multitudes. Avanzando un poco más en el proceso,

---

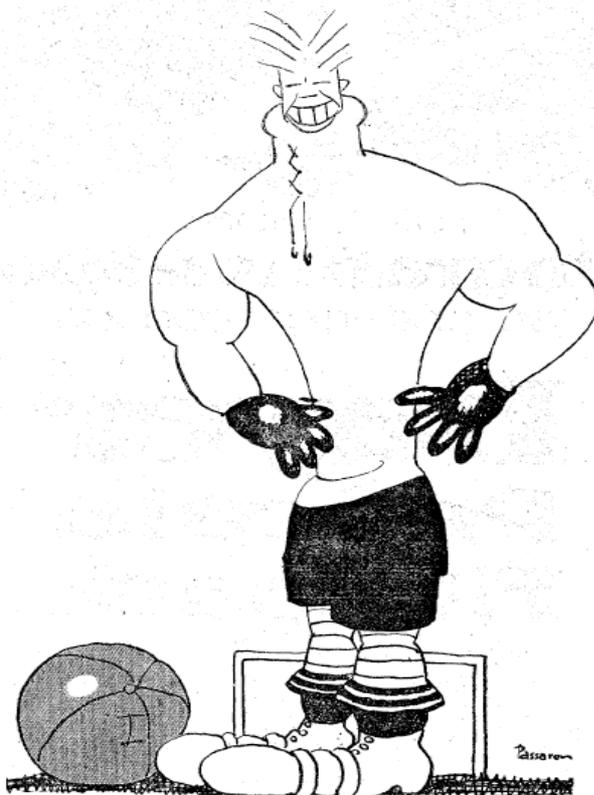
<sup>65</sup> Autógrafos de Zamora y Samitier para la Camisería Flotats en *La Jornada Deportiva*, 89 (1922) y 100 (1923).

consiguió construir una peculiar simbolización de sí mismo mediante su asociación sistemática a una mascota.

*La Jornada Deportiva, 52 (1922)*

## LOS ASES DEL FUTBOL ZAMORA

El estilo y la ciencia del gran jugador a través  
□ □ de los gráficos de sus partidos □ □



Quien es Zamora.-Algunas observaciones psicológicas acerca de su manera de jugar. La iniciación del futuro "as"-Sus pequeños y sus grandes éxitos.-1909-1922.-El "malabarismo" de Zamora Una interviú "expres" - Como se entrena Zamora.- La técnica nueva del guardameta nacional

Más de 20 fotografías técnicas

Precio 60 céntimos

Aparecerá en breve

Fuente: *La Jornada Deportiva*, 10 (1921)







El gran Ricardo Zamora y su mascota, que se quedó olvidada en el terreno de Bouscat y cuya pérdida ha causado una «consternación» entre los jugadores «internacionales»...

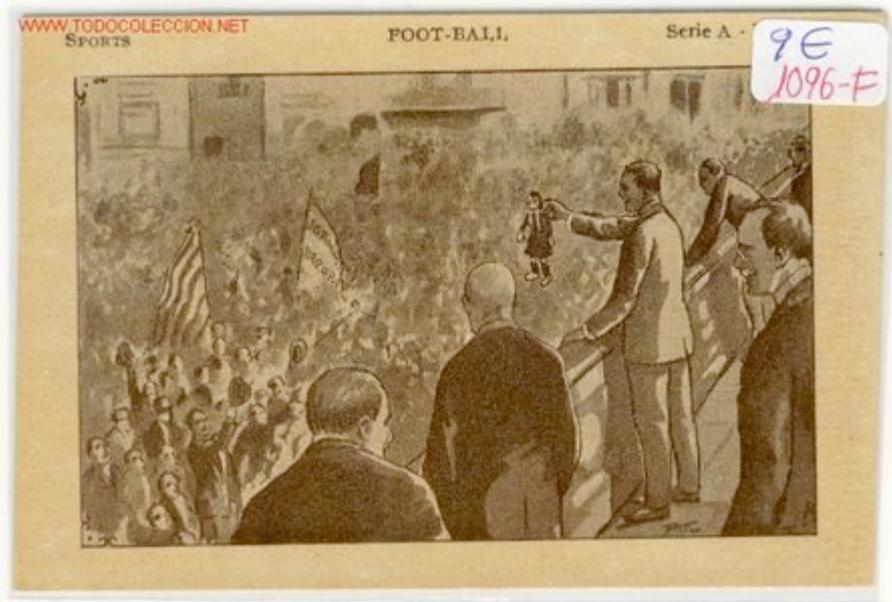
*La Jornada Deportiva*, 30 (1922)

Se trataba de un muñequito con el que se hacía retratar, que le acompañaba, y a quien colocaba bajo los palos de la portería o en su proximidad durante los encuentros deportivos o en sus desplazamientos.

Zamora hizo de aquella especie de capricho juvenil —algo impensable o indecoroso pocos años antes en cualquier otra persona con predicamento en los periódicos o la opinión pública en general— un asunto que consiguió interesar a su público, e hizo de sus extravíos y vicisitudes objeto de curiosidad deportiva, tal y como puede observarse en los pies de foto de la época.

En una de las recepciones de masas reservadas al Barcelona, como se observa en un cromo de la época, de vuelta de una expedición deportiva triunfal, Zamora incluso lo agitó frente al público como una especie de *alter ego* con el que se podía identificar su propia figura y con la que, desde luego, se le podía reconocer fácilmente. Riguroso cuidador de una liturgia de sí mismo, Zamora era tan famoso por sus proezas deportivas como por genialidades como estas. Su estilo de vida alimentaba su leyenda, al igual que sus atuendos deportivos, sus supersticiones, o su elegancia fuera del terreno de juego. Semejantes triquiñuelas de la propia imagen tenían sorprendentes pruebas de eficacia. El mismo muñeco que se había cuidado de identificar con él mismo, por ejemplo, acabó siendo destrozado al final de un partido por unos *hinchas* enojados con sus paradas y buen juego, dignos de admirar sin duda, pero que había estropeado los resultados del equipo rival del de Zamora...<sup>66</sup>

<sup>66</sup> El recurso a ademanes vistosos o a la inmersión populachera en actitudes fácilmente transformables en llamativos titulares de prensa, no gustaba, por otra parte, a cierta prensa deportiva afín al catalanismo o devota del Barcelona, como en el caso de *L'Esport Català*; en cuyo número 25, de 1925, se criticaba el



**Ricardo Zamora recibido como campeón de España en el Ayuntamiento de Barcelona. Cromo de Chocolates Juncosa.** Tomado de la página de subastas: <http://www.todocolección.net> [con acceso el 19-01-2009]



El fetiche de Zamora ha sido la víctima de las iras de algunos jugadores de la Real Unión...  
He aquí a Gamper, a Paulino Alcántara, a Ormaechea, que contemplan el destrozado muñeco, víctima inocente... ¡y propiciatoria!

*La Jornada Deportiva*, 33 (1922)

deporte gracioso —“Lèsport faceciós” se titulaba el artículo que le dedicó la publicación— de un futbolista que acompañó en un cabaret a una *rumbista*, cosechando triunfos en “l’atmosfera enrarida del cafè concert, i amb la bravada de l’alcohol i del tabac”. Como otros jugadores de su tiempo, no llevaba Zamora una vida excesivamente saludable; llegó a fumar “cuatro cajetillas diarias y algún que otro habano” según su propia confesión. Vid. J. F. Aguirre, *opus cit.*, p. 5

El jugador, por consiguiente, era tanto un producto bastante elaborado de la profesionalización futbolística, cuanto un resultado de la mercantilización propagandística, y de una cuidada política de imagen de sí mismo. Su profesión lo significó casi todo en su biografía<sup>67</sup>. En contra de lo que desde los círculos próximos al Barcelona se entendía como una *lealtad* que siempre se debía de guardar con el club que había sido su primer equipo de importancia, Zamora no tuvo inconveniente en cambiar para el Español cuando las condiciones económicas se lo aconsejaron, y migrar luego hacia otros horizontes como los que le ofreció más tarde el Real Madrid. Fue protagonista en argumentos como el de la película *Por fin se casa Zamora* o, ya en los años cuarenta, de *Campeones*, y simultaneó sus quehaceres habituales con el oficio del periodismo deportivo para publicaciones como *La Vanguardia* o *Ya*. Incluso prolongó su actividad como profesional futbolístico una vez acabada su vida activa como deportista. Tras su retiro consiguió ser, efectivamente, seleccionador nacional además de entrenador en equipos como el Atlético de Aviación, el Celta de Vigo, el Málaga o el Español, además de en algún que otro equipo venezolano<sup>68</sup>.

Zamora era, seguramente, el deportista de mayor fama en la España de los veinte, a la vez que el destacado exponente de la mercantilización acelerada de los principales *ases* del fútbol. Su caso fue, en este sentido, el de mayor proyección pública en el deporte español de aquellos años; pero, a la vez, su ejemplo era el de un proceso que afectaba a cada vez más jugadores e hinchas futbolísticos. El fútbol, gracias a la profesionalización, había acabado por fundirse y conectarse con los públicos populares con una intensidad desconocida hasta entonces. La afición reconocía en los futbolistas cualidades que deseaba para sí o que, en cualquiera de los casos, se correspondían muy bien con los valores de una civilización urbana y en acelerado proceso de modernización. Y el futbolista, que en muchos casos sabía muy bien todo esto, asumió este papel potenciándolo no pocas veces; haciendo de abogado de nuevos estilos de vida, y procurando tanto su propio provecho como la propagación de los valores que le habían aupado a la celebridad.

Jorge Uría, Universidad de Oviedo

---

<sup>67</sup> Hijo de médico, a Zamora le obligaba al principio su familia a continuar con los estudios de medicina; pronto abandonados por el deporte. Con los años, sus intentos de abrir otras actividades remuneradas diferentes a las relacionadas con el fútbol fracasaron. J. F. Aguirre, *opus cit.*, p. 14.

<sup>68</sup> *Id.*, p. 46.